

UNA LECTURA DE LA "REDEMPTORIS MATER"

INTRODUCCIÓN

Podrían darse varios caminos para abordar la Encíclica de Juan Pablo II sobre la Madre del Redentor; aquí se trata de un estudio teológico, seleccionando y comentando sobre todo los aspectos teológico-bíblicos que hacen referencia directa a la Virgen; un estudio histórico que menciona particularmente los diversos momentos del dogma mariano a lo largo de los siglos; un estudio pastoral que se centra en el análisis y en la profundización de los aspectos concretos enfocados por el papa, al proponer al mundo católico esa Encíclica mariana; pudiera, incluso, presentarse como un estudio espiritual, ya que el papa subraya a lo largo de su texto, el papel de María en la vida espiritual de los cristianos y en el misterio de la Iglesia. Entre todos esos aspectos sobresale el sentido del Año Mariano del que habla el papa al final de la Encíclica (cf nº 48-50).

Todas esas lecturas serían posibles y, tomadas aisladamente, tendrían la ventaja de profundizar el sentido y la orientación del contenido, presentando un análisis más o menos completo, apoyado, quizás, en argumentos subyacentes al texto, situados, sin embargo, muy por encima de él.

Tal vez pueda verse un inconveniente en esta fragmentación excesiva del texto, olvidando la visión de conjunto de la Encíclica. Asimismo, para no perder esa visión de conjunto del texto, presentamos en este estudio una lectura más global, más fácil y también más sencilla, y por consiguiente, más accesible.

Este estudio tendrá en cuenta la finalidad de la Encíclica, para luego detenerse en cada una de las partes de la misma, siguiendo, así, de cerca su metodología y su desarrollo.

- María en el misterio de la Iglesia;
- la Madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina;
- la mediación maternal.

1 - LA FINALIDAD DE LA ENCÍCLICA

Al comenzar la Encíclica por el conocido pasaje del Gen 4, 4-6, - en la plenitud de los tiempos, cuando Dios envía a su Hijo nacido de UNA mujer²- el papa presenta ya la finalidad de la Encíclica:

“Quisiera, yo también, empezar mi reflexión sobre el sentido del papel que María tiene en el misterio de Cristo y su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia” (nº 1).

1.1 - LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS, O EL “MISTERIO” EN LA HISTORIA.

La finalidad de la Encíclica está claramente formulada por términos significativos y ricos de sentido. Fiel a la intuición del Concilio, que está cosechando ya los frutos de una serena y profunda reflexión mariana, el papa sitúa el papel de María en el interior del misterio de Cristo. Este misterio de Cristo no puede ser comprendido si no se hace referencia a la historia de María: ‘he ahí que en la plenitud de los tiempos, Cristo nació de una mujer’. Es la historia de María la que hace posible el ser histórico del Hijo de Dios con todo lo que esto implica de humanización e incluso de fragilidad.

Sin entrar en un comentario más profundo sobre la cuestión de la maternidad de María, señalemos, desde ahora, el contenido de la fórmula “nacido de una mujer”, de acuerdo con algunos exegetas.

En el texto paulino de Ga 4, 4-6, no se debe exagerar el alcance de la frase “nacido de una mujer”. Esta expresión no es sino una manera de subrayar la condición humana e histórica de Jesús (4). Pero este simple nivel, considerado, sin embargo, en el centro de la finalidad de la Encíclica, viene a ser

muy importante: subraya la relación íntima y profunda que, a partir de ahora, y desde el punto de vista histórico, va a existir en la plenitud de los tiempos entre Jesús y su madre.

Esa plenitud de los tiempos que determina el momento fijado desde toda la eternidad en el que el Padre envió a su Hijo, señala, en la bella expresión del papa, *la entrada de la eternidad en el tiempo*, (nº 1) haciendo así del propio tiempo, salvado y penetrado por el misterio de Cristo, un "tiempo de salvación". Es el abrazo de la eternidad con el tiempo; en otras palabras, la unión profunda e íntima del misterio de Cristo con la historia, y con la historia de María, en particular.

Se entiende, pues, que el papa, después de haber subrayado esa unión innegable entre la historia de María que se hace misterio, y el misterio de Cristo que se hace historia, pueda hablar de la *presencia activa y ejemplar de la Virgen en la vida de la Iglesia* (nº 1).

Es la Iglesia la que prolonga el misterio de Cristo, de hoy en adelante, profundamente enraizado en la historia de cada hombre. Ella es el 'cuerpo de Cristo', denominación y atributivo que valoriza la dimensión interior, misteriosa e invisible de la Iglesia (5), pero es también el pueblo de Dios, noción que expresa mejor que cualquier otra, la continuidad de Dios en la vida de los hombres. Esa noción tiene también un gran valor antropológico, indicando que la Iglesia no puede reducirse al aspecto institucional. La Iglesia es el conjunto de hombres y mujeres que comparten *las alegrías y las angustias de los hombres de este tiempo, en especial de los pobres y de todos los que sufren* (GS 1) y *son testimonios del fermento evangélico en el interior de la comunidad humana* (cf. LG 40-45). En consecuencia, hace merecedora la historicidad de la Iglesia y permite reconocer que esa Iglesia está sujeta al pecado, teniendo necesidad constante de reforma.

Basados en esos dos conceptos eclesiológicos, se puede comprender mejor el pensamiento del papa cuando habla de la presencia activa y ejemplar de María en la vida de la Iglesia.

1.2 - LA PRESENCIA ACTIVA DE MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA-

Unida de forma eminente y única al misterio de Cristo, ella misma miembro ya totalmente redimido en el interior de ese cuerpo de Cristo - que es la Iglesia -, la presencia activa de María se traduce en el papel que desempeñó y sigue desempeñando en la economía de la salvación en favor de toda persona humana.

Desde la Anunciación al Cenáculo, incluyendo Caná y el Calvario, la vida de la Virgen, gracias al "Padre Misericordioso", fue un don total al servicio del misterio de Cristo, y, por lo tanto, al servicio de la condición humana a ser redimida. El "*he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*" (Lc 1,38) no puede ser entendido a no ser dentro de esta perspectiva de servicio que es don de sí a los demás.

Esa perspectiva de una presencia activa de mediación está muy bien subrayada por el Concilio cuando habla de María, retomando el lenguaje de los Padres: "El Padre de las Misericordias quiso que la encarnación fuese precedida por la aceptación de aquella que era predestinada a ser madre de su Hijo, y que, así como la mujer contribuyó para la muerte, también la mujer contribuyese para la vida. Esto se aplica perfectamente a la Madre de Jesús, la cual dio al mundo la propia vida, que todo lo renueva, y fue por Dios enriquecida con dones dignos de tamaña función" (LG 56).

El texto del Concilio recuerda esa presencia activa de la Virgen María en el momento de la Encarnación. Pero esa presencia es real a lo largo de toda su existencia. Dos de los elementos evocados anteriormente - Caná y el Calvario - constituyen también un excelente ejemplo de mediación activa.

En Caná, es ella quien toma la iniciativa de dirigirse a Jesús para cambiar una situación, por lo menos desagradable, en el contexto en que sucedía, es decir durante una boda.

En la cruz, el evangelista dice que ella se 'mantenía de pie'. ¿No deberíamos ver en ese "mantenerse de pie", en la hora en que estaba perdiendo a su Hijo según la carne, para recibir a su Hijo según el espíritu, un acto de valentía, ciertamente sustentado por la gracia, en que supera la profunda piedad maternal referente a su Hijo según la carne y asume, de manera excepcional, la maternidad espiritual respecto de los fieles representados al pie de la cruz por el discípulo amado? (6). Debemos creer que así es, en lo que supone, de manera bien concreta, esa presencia activa de la Virgen en favor de la humanidad, ayer y hoy.

Y por consiguiente, hoy también. Es la misión que procede de su presencia al pie de la cruz, de la maternidad espiritual que tiene su comienzo en esta escena. Pero es necesario hacer una referencia a la presencia de María en el Cenáculo donde se encontraba con los apóstoles y algunas mujeres, asiduos a la oración (He 1,14).

Existe consenso en considerar la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y sobre María en el Cenáculo como el comienzo de la Iglesia. El sermón de Pedro, después de la venida del Espíritu Santo, inaugurando así la predicación apostólica dirigida a los paganos, marca realmente un momento inicial, muy significativo, de ese comienzo de la Iglesia. María estaba ahí, en esa plenitud del tiempo realizado, que, según el papa, designa el inicio del caminar de la Iglesia (cf. n° 1). En ese caminar, María se convierte en signo de esperanza para todos los hombres, conforme subraya el Concilio, al mismo tiempo que el Concilio la presenta como el prototipo y el comienzo de la Iglesia:

La Madre de Jesús, así como en los cielos ya está glorificada en cuerpo y alma, y es la imagen y el comienzo de la Iglesia tal como debe ser consumada en el tiempo futuro, así también brilla aquí en la tierra como signo de esperanza segura y de alivio para el pueblo de Dios en peregrinación (LG 68).

Ser signo de esperanza podría perfectamente ser la misión que el Espíritu Santo le confía, en el momento de la salida de los apóstoles para la misión, como un eco y una realización en plenitud de la misión que el Hijo le había confiado al pie de la cruz. El papel del Espíritu Santo es muy importante aquí. Es Espíritu Santo desciende dos veces sobre María, y en dos momentos decisivos en la economía de la salvación: en la Anunciación, en que el misterio de Cristo suprime las distancias y se une a la historia humana, y en el Cenáculo, en donde el misterio de la Iglesia naciente se une al hombre en su historia. En ambos casos, es la irrupción de la gracia, procedente de Cristo, la que acontece en la historia humana. Y todo esto es fruto del poder del Espíritu Santo, que se convierte en fuente de la actividad salvífica de Dios en el mundo (8).

La venida "aparatoso" del Espíritu Santo sobre la Virgen en Pentecostés aclara la venida "silencioso" del Espíritu Santo sobre la Virgen, en la humildad de Nazaret. Aclara sobre todo el hecho de que María había sido establecida por su Hijo, al pie de la cruz, como madre de los creyentes. Pentecostés ratifica y realiza efectivamente esa maternidad relativa a todos los hombres, y su

presencia activa en favor de la humanidad a lo largo de la peregrinación de la Iglesia.

Así lo expresa Philippe Ferlay, cuando habla del "misterio del Cenáculo": el Espíritu Santo no desciende sobre María de la misma forma que desciende sobre el grupo apostólico, ni sobre la comunidad de los discípulos reunidos. Sus vocaciones permanecen diferentes, y es esa diferencia la que permite comprender la diversidad de las misiones del "Espíritu". La misión de María está orientada al cumplimiento de su nueva tarea, eminentemente eclesial:

"María acoge esa nueva venida del Espíritu para el cumplimiento de una nueva tarea, su nueva tarea. Su Hijo glorificado junto al Padre la llena nuevamente, para que ella participe en su lugar en la construcción de ese cuerpo eclesial. Auténtica la palabra que pronunció en la cruz: la humanidad es tu Hijo, tan realmente como yo lo soy, porque el Padre quiere, desde toda la eternidad, que ella se recapitule en mí, y que así se realice su crecimiento espiritual. La palabra pronunciada desde la cruz es confirmada por el don del Espíritu y recibe en ese día de Pentecostés toda su fuerza creadora. Y nosotros podemos adivinar que en el corazón de María la respuesta es la misma que en Nazaret: permanezco al servicio del Señor, para esta nueva misión; que todo se cumpla para mí y para los hombres como él quiera". (9)

La presencia activa de María a lo largo de todo el caminar de la Iglesia en su humanidad es confirmada en Pentecostés. Y la Virgen del silencio quiere conducir a sus hijos hacia su Hijo. A ejemplo del papa que habla del "*Magnificat de los siglos*" (cf nº 20), se podría hablar aquí de un *sí* que se prolonga en la Iglesia y en la historia. Esa "continuidad histórica" de su fiat no es más que esa presencia activa de María en medio de la Iglesia, cuerpo de Cristo y pueblo de Dios.

1.3 - LA PRESENCIA EJEMPLAR DE MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA.

En la introducción de la Encíclica, en paralelo con la presencia activa, el papa habla de la presencia ejemplar de María en la vida de la Iglesia. Puede ser que esta otra faceta de la presencia de María en el pueblo de los fieles sea más perceptible, cuando consideramos a la Iglesia como "pueblo de Dios", una Iglesia peregrina en la oscuridad de la fe y bajo el peso del pecado y de la fragilidad que conlleva la condición humana.

Sin olvidar, no obstante, que María fue, desde toda la eternidad, predestinada a ser la Madre del Salvador, conviene subrayar que ella es también una mujer rescatada que se halla en medio de su pueblo, una mujer que tuvo necesidad de la gracia que recibió en plenitud. Cuando el Concilio establece la relación entre la Virgen y la Iglesia subraya fuertemente esa humanidad de la Virgen, después de haberse referido *al don de una gracia eminente que la coloca muy encima de todas las criaturas celestes y terrestres* (LG 53).

El Concilio continúa:

“Pero al mismo tiempo está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres necesitados de salvación. Más todavía: es verdaderamente la Madre de los miembros de Cristo...porque cooperó con su caridad para que en la Iglesia naciesen los fieles que son los miembros de esta cabeza. Y por eso es saludada también como miembro supereminente y del todo singular de la Iglesia, como su tipo y modelo excelente en la fe y la caridad. Y la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, la honra con afecto de piedad filial como madre amantísima” (LG 53).

LG 53 pone, pues, de relieve, en un resumen teológico muy denso, esa presencia ejemplar de la Virgen, de la que habla el papa. Ejemplo admirable para el pueblo de Dios en marcha, que a su vez, impelido por el Espíritu Santo, le tributa un sentimiento filial de piedad, traducido, entre otras, en la oración de alabanza, acción de gracias, y también de intercesión, al igual que con la unión a Cristo, por la práctica de la virtud. Recordando la enseñanza del Concilio, el papa explica esa ejemplaridad de la Virgen modelo en la fe, esperanza y caridad, una vez que la Iglesia camina en el tiempo, en el sentido de la consumación de los siglos, y procede siguiendo las huellas del itinerario recorrido por la Virgen María, la cual avanzó en la peregrinación de la fe, manteniendo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz (nº 2) 12.

1.3.1 - LA TRANSFORMACIÓN DE LA CAÍDA EN SUPERACIÓN Y GANANCIA

La ejemplaridad está ahí como un llamado, un signo de esperanza, para decir al pueblo cristiano que siempre es posible superar las limitaciones humanas, y que el pecado no puede tener la última palabra en la vida de este pueblo cristiano. Existe, ciertamente, de manera positiva, la imitación de las virtudes de María. Pero existe también, en la condición humana, herida por el

pecado, aquello que el papa llama, al final de la Encíclica, *la Verdad del gran cambio* (nº 52). Se trata de *"un cambio histórico fundamental que persiste de manera irreversible: el cambio o la transformación de la caída en superación"* nº 52).

Esta transformación no puede operarse a no ser en Cristo y en su gracia. Además, el papa lo subraya, de paso, cuando dice que esta transformación está determinada para el hombre por el misterio de la Encarnación. Pero en el centro de ese misterio está María y su mediación maternal. Sin duda, es únicamente la gracia la que opera ese cambio entre el caer y el levantarse, entre la vida y la muerte, tal como lo señala el papa. Desde entonces, existe *"un desafío incesante para las conciencias humanas, un desafío para toda consciencia histórica del hombre: el desafío que consiste en caminar sin "caerse en los caminos siempre antiguos y siempre nuevos, y en levantarse si se cayó"* (nº 52; subrayado y entre comillas en el texto).

En este desafío incesante sólo Dios da la vida y concede al hombre la gracia de ponerse en camino hacia Él. Pero María puede conducirlo a lo largo de ese camino sembrado, a veces, de tantas trampas y dificultades. Ella puede conducir al hombre en su función medianera (entendida en el contexto de la mediación del único mediador, Cristo), porque ella se sitúa "en la bisagra o intersección entre el pecado y la gracia" (13). Esto quiere decir que, aunque exenta de toda falta, María no está encerrada en una existencia celeste, lejos de la cotidiana condición pecadora de todo hombre y de toda mujer. Sería olvidar que la ausencia de pecado no nos hace menos humanos, sino por el contrario, nos hace más humanos.

Se entiende entonces muy bien la preocupación del papa, en su lucha a favor del hombre, a favor de una existencia más humana del hombre, proponiéndole, en vísperas del tercer milenio, el recurso constante a María, en cuanto "cooperadora" eximia y única en el misterio de la salvación, al mismo tiempo que *"profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre, según el designio providencial que Dios dispuso eternamente para él"* (nº 52).

1.3.2 - VEN EN AYUDA

El papa recuerda la antífona final a la Santísima Virgen María (en la hora de Completas), que traduce de manera tan límpida el clamor (y la nostalgia) de la humanidad pecadora: *Ven en ayuda de tu pueblo que cae y anhela levantarse* (nº 51).

En este sentido sólo recuerda una oración, en medio de tantas otras, muy querida del pueblo católico, acentuando ese mismo grito de socorro y la misma esperanza que reside en el hombre pecador, cuando se confía en Aquella que tuvo la plenitud de la gracia. Bastaría aquí recordar la Salve Regina, en la que la Virgen es llamada *nuestra esperanza*, en la que clamamos a ella 'gimiendo y llorando en este valle de lágrimas'; 'abogada nuestra', le pedimos que 'vuelva a nosotros esos sus ojos misericordiosos'. Y lo mismo en el Ave María, en que le pedimos explícitamente que '*ruegue por nosotros, pecadores*'.

Para una mentalidad cristiana no católica, esta "familiaridad suplicante" para con la Virgen puede parecer extraña, no bíblica y ofensiva para con el único mediador entre Dios y los hombres, Cristo, ofensiva, pues, hacia la única mediación salvífica, la de Cristo.

Es cierto que no se ve en esas oraciones del pueblo cristiano su origen bíblico, tan claro sin embargo en el Ave María. ¿Deberíamos rechazarlas por ese motivo? Yo creo que no, porque tampoco no hay nada en la Escritura que se oponga a que el *Homo viator* se dirija a la Virgen y a los santos. Sencillamente debemos verlas y situarlas en el ámbito global del misterio de Cristo presente en nosotros y presente en ellas, gracias a la comunión eclesial y a la comunión de los santos. Es en el seno de esa comunión eclesial en Cristo, y gracias a ella, donde debemos situar la devoción y la intercesión a la Virgen y a los santos. Una vez más: la única mediación salvífica es la de Cristo. La Virgen y los santos tienen el "poder" de conducirnos a esa mediación salvífica (14).

Es en esa mediación secundaria que adquiere su eficacia de la eficacia de la mediación de Cristo cómo el pueblo cristiano, a lo largo de su caminar en la historia, - caminar herido y golpeado por tantas angustias e incluso tantos fracasos, - supo volverse hacia la Virgen, pues ella es la "estrella del mar", la "puerta del cielo". En ella, la esperanza del pueblo cristiano no queda frustrada. El pueblo cristiano lo sabe perfectamente. Sus intuiciones no lo engañan. La Virgen se hace presente. Su presencia en medio del pueblo cristiano es siempre

una presencia activa y, por lo tanto, una presencia eficaz; presencia ejemplar y por lo tanto, una presencia que implica una llamada.

Después de haber situado la presencia activa y ejemplar de la Virgen, a partir de la Introducción y de la Conclusión de la Encíclica, trataremos ahora de profundizar y de acercarnos, aunque sea rápidamente, al contenido de la Encíclica,.

2.- MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

Después de haber definido la finalidad de la Encíclica, el papa vuelve a subrayar elementos fundamentales en los que siempre aparece un vínculo entre María y la Iglesia, entre María y Cristo, o entre los tres simultáneamente. Entre esos elementos fundamentales vamos a detenernos en los siguientes: el misterio de María se ilumina en el misterio de Cristo (cf. n° 4,19 y 22); el itinerario de la Iglesia, en el curso de los tiempos, se inspira en el de la Virgen (cf n° 2); María está especialmente unida a la Iglesia y a Cristo. Pero, ella se convierte en figura de la Iglesia que, a su vez, como María, es Virgen y Madre (cf. n° 5 y 42); la "peregrinación de la fe" (esta expresión se repite reiteradamente en la Encíclica), que caracterizó el caminar de la Virgen en su unión con Cristo, puede aplicarse a todo el pueblo de Dios, no solamente en una perspectiva individualista, en la que la peregrinación de la fe designa la historia interior de las almas, sino también en una perspectiva comunitaria en la que esa peregrinación designa la "historia de los hombres sometidos a una condición transitoria aquí en la tierra" (n° 6). María, siendo ya la consumación escatológica de la Iglesia, no cesa de ser la estrella del mar para todos los que todavía viven la peregrinación de la fe (cf n° 5 y 6).

2.1 – DE LA ANUNCIACIÓN A LA CRUZ

Resumidos así los atributos de la Virgen, el papa entra en el núcleo central de la Encíclica, comenzando por estudiar a María en el misterio de Cristo (16). Esta primera parte, sin que esto sea un comentario exegético detallado, es profundamente bíblica, dividida en tres párrafos apoyados en secuencias bíblicas bien conocidas. Tres párrafos que se compenetran, sin ser absolutamente compartimentos cerrados, sobre todo a nivel de la temática y la teología que en

ellos se presentan (17). Sin embargo, corriendo el riesgo de simplificar, sigamos al papa en la división que él mismo presenta.

María entra en el misterio de Cristo porque es llena de gracia (cf nº 7-11), y es definitivamente introducida en él por la Anunciación (cf nº 8). De la plenitud de la gracia anunciada por el Ángel, y significando el don del mismo Dios, Juan Pablo II pasa a la fe de la Virgen, proclamada por Isabel, en la Visitación. Esa fe muestra cómo la Virgen María respondió al don del mismo Dios, esto es, la plenitud de la gracia recibida: ella lo acoge como un don que la lleva enteramente a la obediencia de la fe (cf nº 12-19).

Finalmente, el papa evoca la escena de la Virgen al pie de la cruz (cf Jn 19, 25-27), en donde es dada por madre al discípulo amado. El papa estudia en esta parte el papel de la maternidad de María, no sólo en relación al mismo Jesús, sino también en relación a los cristianos (cf nº 20-24).

2.2 – LA PRESENCIA DE LA MUJER EN EL MISTERIO

Tres partes distintas, con un hilo conductor o punto común que da cierta coherencia a esta división tripartita: ya se trate de la plenitud de la gracia-bendición, sin duda, única y excepcional, concedida a María – en virtud del carácter único del lugar que ocupa en el misterio de Cristo (cf nº 9); ya se trate de esa otra bendición proclamada por Isabel en razón de la fe con que pronunció su fiat (cf. nº 13) y vivió su itinerario rumbo a Dios (cf nº 14); ya se trate de la nueva maternidad que adquiere su sentido en la fe y obediencia a la Palabra (cf nº 20), en el centro de esas tres dimensiones, siempre está la mujer y su lugar en el misterio de Cristo. Y se puede incluso decir, su lugar en la historia del hombre, tan unidos están, por una parte, el misterio de Cristo y el “misterio del hombre”, en su trayectoria histórica y escatológica; como por otra parte, ella es la Madre de la Iglesia, la Madre del Pueblo de Dios; y su nueva maternidad, según el Espíritu, no es sino la solicitud de María para con todos los hombres. Un primer anuncio de esa mediación se dio en Caná, pero el papa dice citando al Concilio:

“Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura ininterrumpidamente...hasta la perpetua consumación de todos los elegidos” (nº 22, LG 62).

2.2.1 – LA PLENITUD DE LA GRACIA

De cada una de esas tres partes el papa sabe maravillosamente sacar provecho para presentar un comentario bíblico bien coherente, reafirmando siempre, sin inmediatez, la doctrina de la tradición católica.

La plenitud de la gracia es una bendición excepcional concedida a esa mujer excepcional en el misterio de Cristo: es porque en ella habita la plenitud de la gracia que es bendita entre todas las mujeres (cf nº 8). La plenitud de la gracia significa concretamente varias cosas: ante todo, la elección de María para ser Madre de Dios (cf nº 9), con todos los dones sobrenaturales de que goza en virtud de esa elección, como, por ejemplo, la vida nueva que ella recibe en plenitud: está exenta de la herencia del pecado original (cf nº 10).

A continuación, el papa recuerda (apoyándose siempre en el Concilio) que ella es la 'llena de gracia', sobre todo porque la Encarnación se realiza y se completa en ella (cf nº 9), Encarnación que es el cumplimiento supremo de la promesa que abre al hombre la esperanza: el pecado ya no tendrá la última palabra. Ahí está la salvación otorgada a la humanidad por el Hijo del Hombre. Se trata del don supremo: el don de sí mismo a la humanidad. Pero en la esencia y en la base de ese don está la intervención de la mujer, cuya descendencia vencerá el mal del pecado hasta en su raíz, pues ella aplastará la cabeza de la serpiente (cf nº 11).

2.2.2 - LA FE DE LA VIRGEN MARÍA

Los números 12 a 19 hablan de la fe de la Virgen. Esa fe ya la encontramos en la Anunciación que el papa declara como el momento "decisivo" de la fe, para decir a continuación que ya en la Anunciación María se entrega totalmente a Dios en la "obediencia de la fe", que conlleva durante su vida dos elementos inseparables: colaboración perfecta en el misterio de Cristo y disponibilidad perfecta a la acción del Espíritu (cf nº 13).

La fe de la Virgen es, entonces, comparada con la de Abrahán, y el paralelismo se mantiene hasta el punto de relacionar la fe de la Virgen con el comienzo de la Nueva Alianza, así como la fe de Abrahán estuvo en el comienzo de la Antigua Alianza (cf nº 14 y 15).

Dentro de esta nueva alianza, el papa se refiere a una segunda Anunciación hecha a María –la del anciano Simeón – que subrayará la dimensión histórica en la que Jesús va a realizar su misión. Esta dimensión histórica implicará inevitablemente la incomprensión y el sufrimiento (cf nº 16).

La fe es un contacto con el misterio de Dios (cf. nº 17): por eso, esta dimensión histórica es transferida, por decirlo así, al misterio de María vivido en la fe, y el sufrimiento del Hijo será inevitablemente el sufrimiento de la madre. Ella comparte, sin duda alguna, el dolor del Hijo. La profecía de Simeón tiene sentido, y su palabra, “una espada traspasará tu alma” (Lc 2, 34), comprendida en su contexto, significa que Israel se encontrará dividido frente al mensaje de Jesús, y que María se verá afectada dolorosamente por esta tragedia. Tal vez nosotros podemos ver en todo esto un anuncio de la pasión (19). Pero entonces, y de una manera tal vez más profunda, al pie de la cruz, María participa, por la fe, en el misterio conmovedor del sufrimiento de su Hijo. Inspirado en el texto bíblico que dice que ‘el Hijo se despojó de sí mismo’ – Fil 2, 5-8-, el papa no duda en hablar, por analogía seguramente, de la “kénosis” de María (volveré sobre este tema más tarde, pp 25-30) que sólo puede ser entendida en la fe. Dice textualmente:

Es ésta tal vez la más profunda « kénosis » de la fe en la historia de la humanidad. Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora (nº 18). En el mensaje del ángel, porque ella es la llena de gracia, descubrimos que María está presente en el misterio de su hijo: porque ella creyó, aceptó también llevar su cruz hasta el final y hacer presente este misterio de sufrimiento en toda su peregrinación terrena.

2.2.3 - MARÍA, MADRE

La última parte con carácter bíblico, tendrá como tema la idea y la realidad de María. El papa se empeña, partiendo del Evangelio, en descubrir el “nuevo sentido” de la maternidad, más allá de la maternidad física (cf nº 20 y 21). Este nuevo sentido no se alcanza sino en la fe, en la obediencia, en la capacidad de “conservar” y meditar la Palabra.

¿En qué consiste esa “nueva maternidad”? El papa responde bastante explícitamente, y podemos resumir su pensamiento: “La nueva maternidad no es sino exclusivamente el servicio, el hecho de estar ocupada en los asuntos del

Reino, en los asuntos del Padre. Es el sentido de la respuesta de Jesús a esa mujer que, sin saberlo, inaugura, según la bellísima expresión del papa, el "Magnificat de los siglos": "Más bien, bienaventurados aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen" (Lc 11,28: cf. nº 20).

Entonces la maternidad nueva, según Cristo, es la solicitud de María para con todos los hombres. En este sentido, Caná es un bellissimo ejemplo: "No tienen vino". Es maternidad mediadora con carácter de intercesión, pero es también maternidad que anima, que llama a la conformidad con la voluntad del Hijo. Según las palabras del papa: "*La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo*" (nº 21). "Haced todo lo que él os diga". Tenemos, pues, mediación maternal de María, que tiene su origen en Cristo, y al mismo tiempo, nos orienta hacia Él. Su maternidad en la función de la gracia está totalmente orientada hacia la revelación del poder salvífico de su Hijo. La mediación de intercesión de María no tiene sentido, si no es en la mediación salvífica de Jesús. (nº 21)

La escena de la Cruz (Jn 19, 25-27) confirma la maternidad de María: se establece en la fe y el amor y resulta del cumplimiento pleno del misterio pascual. Ella es la participación en el amor redentor de su Hijo (cf nº 23). Pero su presencia maternal no termina ahí: el nº 24 introduce maravillosamente la segunda parte de la Encíclica, cuando, aceptando la enseñanza tradicional católica, vemos en san Juan la representación de todos y de cada uno de los hombres (cf nº 23). Entonces, la maternidad de María se prolonga en la Iglesia y por la Iglesia representada por Juan al pie de la cruz (cf. nº 24). Veamos todo esto más de cerca.

12. - LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

La segunda parte de la Encíclica subraya el carácter peregrinante de la Iglesia y también presenta tres subdivisiones:

- la Iglesia, pueblo de Dios radicado en todas las naciones de la tierra (25-28);
- el camino de la Iglesia y la unidad de los cristianos (29-34);
- el 'Magnificat' de la Iglesia en camino (35-37).

3.1 - LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS RADICADO EN TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA.

La primera parte, que acabamos de ver, tiene la Biblia como telón de fondo. En la segunda parte, así como en la tercera, el telón de fondo es más bien referido al Concilio; las citas y referencias del Concilio son muy abundantes.

En el nº 25, después de definir la Iglesia como *"el conjunto de todos aquellos que miran con fe hacia Jesús"*, subraya también su carácter peregrinante: carácter, al mismo tiempo externo, pues es visible en el tiempo y en el espacio, y esencialmente interno, pues se trata de una peregrinación vivida en la fe.

En esta peregrinación María está presente, como estuvo presente en el día de Pentecostés en el preciso momento del inicio de la peregrinación de la Iglesia a través de la historia. María no estuvo presente de la misma manera que los apóstoles quienes recibieron directamente la misión de ser testigos hasta los confines del mundo (Hch 1, 18) (22).

María está presente como *"testigo singular del misterio de Jesús"* (nº 26, subrayado en el texto), que precedió a los apóstoles en la fe. Por esto, prosigue el papa, todos los que participan de la herencia misteriosa de Cristo, que se prolonga en el misterio de la Iglesia, participan, en cierto sentido, de la fe de María (nº 27). Ella que acogió el misterio, apoya y sostiene nuestra fe (cf. nº 27), *"fe transmitida al mismo tiempo por el conocimiento y por el corazón"* (nº 28) 23.

Esto recuerda la presencia de María, que, según el papa, *"conoce múltiples medios de expresión en la actualidad, así como a lo largo de toda la historia de la Iglesia"* (nº 28). Estos medios de expresión de la presencia de María van desde la fe y la piedad de los fieles, individualmente, hasta la fuerza de atracción e irradiación de los grandes santuarios que reúnen en ese entusiasmo de fe que hace *"visible lo invisible"* de las multitudes de creyentes para cantar las alabanzas de María y recibir con ella y por ella el don del Hijo, su plenitud, su gracia, su misterio.

3.2 - EL CAMINO DE LA IGLESIA Y LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

El papa aborda, a continuación, un problema particularmente importante y necesario para la Iglesia de hoy: el ecumenismo. Esta unidad sólo puede encontrarse en la "obediencia de la fe", de la que la María Santísima es *el primer y más claro ejemplo* (nº 29). La unidad es necesaria a la Iglesia para que el mundo crea que Jesús fue enviado (cf Jn 17,21). La relación entre fe y unidad está, pues, establecida. La unidad de los cristianos implica la unidad de la fe, y ésta dará coherencia y cohesión a la construcción de toda unidad (cf. nº 30).

El papa dedica cuatro apartados (31-34) a recordar las realizaciones concretas que demuestran la existencia de la gran veneración a la Virgen en otras confesiones, sobre todo entre los orientales.

En este caminar rumbo a la unidad, se pide a las Iglesias que permanezcan a la escucha del Espíritu, como lo hizo María, la Madre de toda la Iglesia.

3.3. - EL "MAGNIFICAT" DE LA IGLESIA EN CAMINO

El papa termina su reflexión en esta segunda parte con un pequeño comentario del Magnificat.

Es una "prueba" de la presencia de la Virgen en la Iglesia, pues no cesa de resonar a través de los siglos en el corazón de la Iglesia (cf. nº 30). Es una profesión de fe inspirada, "en la cual resplandece un rayo del misterio de Dios, la gloria de su santidad inefable, el amor eterno que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre" (nº 36: subrayado en el texto).

Resaltamos, siempre dentro del pensamiento del papa, dos elementos importantes en el argumento de este himno que brota del corazón de la Virgen: la fe y la pobreza.

3.3.1 - LA "KÉNOSIS" DE LA FE

El Magnificat es una profesión de fe. Recurriendo a la tradición de la Iglesia y a la teología de los primeros siglos, el papa recuerda el paralelismo Eva/María para hablar, por antítesis, de la "desconfianza" del comienzo, nacida en el corazón de Eva, y de la "verdad" acerca de Dios que María proclama como respuesta al saludo de Isabel (cf. nº 37); de la duda a la certeza, del pecado de

incredulidad a la fe total que se traduce en la adhesión personal y obediente de María al misterio de Dios.

La fe de María, siguiendo la de Abraham y la de otras figuras bíblicas a lo largo de la peregrinación de Israel, borra la "desconfianza" de Eva, portadora de sufrimiento y de dolor para convertir en himno la "verdad" de Dios. A la locura de Eva, su aventura suicida y destructora, (cualquier duda es siempre destructora), sucede la humildad y la confiada aceptación de la aventura de Dios por parte de María, que se hará portadora de vida y "madre de los vivientes". De Eva a María está toda la historia de Israel, o mejor, toda la historia de Dios, que decide misteriosamente fiarse de la mujer, para lo mejor y para lo peor. En definitiva para lo mejor: María eclipsa a Eva y *"su fe aparece como punto de síntesis que dice sí al proyecto de Dios. El Emmanuel puede llegar: la tierra de los hombres, en María, está preparada para acogerlo"* 24.

Pero si ese proyecto de Dios fue posible en virtud de la obediencia de la fe de la Virgen, y si "la tierra de los hombres" quedó fecundada o preñada de presencia de Dios, es preciso subrayar, al lado de esa "gloria" y de la alegría que conlleva, la otra cara del misterio de esa fe única a la que el papa se refiere en el nº 18, cuando, recordando la kénosis del Hijo, subraya la kénosis de la Madre, que no es sino la participación de María, por la fe, en el desconcertante misterio del despojamiento del Hijo, la participación en su muerte redentora.

La kénosis del Hijo se hace kénosis de la Madre. El lado exultante del saludo de Isabel, por haber creído, no encubre el lado más doloroso de la presencia de María al pie de la cruz, en donde la fe se hace kénosis: la kénosis de la fe. En el misterio del Hijo, como en el de la Madre, pobreza y gloria se completan formando un todo. El uno llama al otro y los dos juntos manifiestan la fe de la Virgen en todos sus aspectos y en todas las circunstancias de su vida.

3.3.2 – LA "KÉNOSIS" DE LA VIRGINIDAD: LA POBREZA.

Existe un segundo elemento muy importante en el Magnificat, especialmente en la segunda parte (cf. Lc 1, 51-55): los pobres y la pobreza, comenzando por la pobreza de María.

Es preciso volver sobre la kénosis de María, no ya desde el punto de vista de la fe, sino desde el punto de vista de la virginidad que, al menos en la cultura de Israel en la época de Jesús, era considerada no sólo como signo de pobreza, sino como signo de bajeza y de desprecio.

El camino de María en el misterio de Cristo y en lo que ella llegará a ser para la Iglesia (madre y modelo) no puede ser comprendido plenamente y en profundidad, sino cuando se le considera desde el punto de vista de la pobreza, pero de la pobreza del corazón que ilumina desde dentro toda pobreza humana, que es, a un mismo tiempo, "fruto y signo del pecado" (26).

María, que no podemos situar dentro de esa pobreza humana, "fruto y signo del pecado", sólo puede ser considerada en la pobreza de corazón, la pobreza de los anawin del Antiguo Testamento, aquéllos cuya vida es totalmente transparente al designio de Dios, desde el Fiat hasta la cruz. Esta pobreza de corazón debemos relacionarla, en el caso de María, con su virginidad:

"María es el modelo de esos pobres de corazón; inmersa en el contexto judaico, su virginidad plenamente aceptada aparece como una pobreza que transfigura ese clima del corazón. Porque en Israel la virginidad es, así como la esterilidad, una bajeza y fuente de desprecio que priva a la mujer de aquello que le da derecho al respeto. Jesús nació, pues, de la pobreza de una kénosis (la de su madre, virgen) que hace fecunda y gloriosa la pobreza transparente del corazón de María y su disponibilidad al poder del Espíritu de Dios. (27) (Tillard, 'Le salut: mystère de pauvreté')."

A la kénosis de la fe que acompaña a María a lo largo de su vida, especialmente en el Calvario, aunque ya embrionaria en el "*cántico del Magnificat salido de la fe profunda de María*" en la Visitación (nº 35), sucede la kénosis de su pobreza virginal hecha fecunda por el Espíritu Santo.

La kénosis de la fe tuvo su punto culminante en la participación de María en el misterio del Calvario con todo lo que esto significa de desconcierto, sacrificio y renuncia. Esa renuncia no es vivida únicamente en la fe, sino que representa una pobreza, tal vez la pobreza mayor y más profunda que una mujer pueda sufrir: la pérdida de su hijo. Podemos, entonces, aplicar a María lo que Tillard aplica explícitamente a Cristo:

"su vida entera será orientada, a su vez, hasta la pobreza de la cruz por esa pobreza de corazón".

Esa pobreza de la cruz se traducirá, para Jesús, en el cumplimiento perfecto de la voluntad del Padre (29). Con todo, es en la conjugación de esas dos pobrezas – la de la cruz y la del corazón- en donde brotará la salvación y se hará presente en la historia humana, de ahora en adelante rescatada. La Resurrección brota de la Cruz y es precisamente porque se produjo ese anonadamiento en la Cruz que Él (Cristo) fue exaltado y hecho Señor. (30)

Guardando las distancias, ese raciocinio puede ser aplicado a la Virgen María (31) (cf. LG 59). ¿No se encuentra ella también en la conjunción de la pobreza de la Cruz que la predispone a la aceptación y, tal vez, a la comprensión del anonadamiento y del despojamiento de su Hijo, y de la pobreza del corazón que la predispone al misterio de Dios, por su disponibilidad total, por su obediencia dócil y, al mismo tiempo, exigente? ¿No es su respuesta al ángel, cuando todo parecía envuelto en la imposibilidad humana, la conformidad total a la voluntad del Señor que desciende del cielo, en absoluta pobreza, en busca de la mediación humana (la de la Virgen María)?

“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc 1,37). El alimento de la Virgen consistirá, como el de Jesús, en hacer la voluntad de Aquel que, desde siempre, la había escogido” (cf. Jn 4, 34).

¿Y no será ese cántico del Magnificat el canto en el que ella exalta al Señor, en el que su espíritu exulta en Dios, su salvador, el cántico que traduce la propia “exaltación” de la Virgen, *porque (Dios) miró la pequeñez de su sierva y desde ahora todas las generaciones la proclamarán bienaventurada: porque el Todopoderoso hizo en ella maravillas* (cf. Lc 1, 47-48). El himno expresa así, al mismo tiempo, la exultación y la exaltación de la Virgen, en el cual rezuma la experiencia personal de su fe profunda y la experiencia de amor de su corazón inundado de alegría. El papa lo expresa sucintamente en el nº 36: En su arrebatamiento, María confiesa que se ha encontrado *en el centro mismo de esta plenitud* de Cristo. 32

En ella, pues, se cumplió la promesa hecha en otros tiempos a los Padres y, por lo tanto, hacia ella, como Madre de Cristo se orienta toda la economía de la salvación, en la que se manifiesta el Dios de la Alianza (cf. nº 36).

3.3.3 – EL “MAGNIFICAT” Y EL AMOR PREFERENCIAL A LOS POBRES.

El Magnificat de María es el "Magnificat de la Iglesia que se encuentra en camino" 33 (nº 33) porque el amor del Todopoderoso que hizo maravillas en María "se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen". La segunda parte del Magnificat subraya admirablemente esa dimensión histórica. El Magnificat de los siglos inaugurado por la mujer desconocida (cf. nº 20; Lc 11, 27) se convierte en el MAGNIFICAT en la historia, en la Iglesia, y de manera sorprendente y extraña a toda lógica humana, el pobre es exaltado, mientras que el rico es despedido con las manos vacías.

Es fácil, pues, deducir, a partir de ahí, un doble aspecto, esencial en la vida de la Iglesia: porque María es la sierva pobre de Dios, el modelo de la Iglesia, la madre de los miembros de Cristo (cf. LG 53), la misma Iglesia está llamada por un lado a hacerse pobre, y por otro, (la dimensión histórica del Magnificat), está llamada a mostrar eficazmente un amor preferencial hacia los pobres.

Se trata - y el papa lo dice explícitamente en el nº 37 - de la fidelidad renovada de la Iglesia a su propia misión. La misma Iglesia, que está enviada a proclamar la Buena Nueva a los pobres, debe andar por caminos de santidad y de pobreza (nº 34). Está llamada a hacerse sierva y pobre (nº 35) y a amar a los pobres (nº 36).

Ese amor preferencial por los pobres está admirablemente reflejado en el Magnificat, y es en el Magnificat dónde la Iglesia tomará también conciencia cada vez mayor de esa doble verdad, que nunca podrá separar, a saber:

"No se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magníficat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús. (nº 37).

En otras palabras, eso quiere decir que la misma Iglesia, Pueblo de Dios en marcha, debe hacerse, al mismo tiempo, "pueblo pobre" y "pueblo de los pobres" (nº 37).

3.3.3.1 - LA IGLESIA, PUEBLO DE LOS POBRES.

La Iglesia, 'pueblo de los pobres'. La Encíclica lo subraya con fuerza, conviene repetirlo, en el nº 37, retomando el pasaje bíblico de Isaías (66, 1-2), -

retomado luego por Lucas (4, 16,22),- y citando al final de ese nº 37, el nº 97 de la Introducción sobre la libertad cristiana y la liberación, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, subrayando que María " es el icono más perfecto de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos".

María, madre y modelo de la Iglesia, está ahí para revelar a ésta, la integridad y el sentido de su misión. Y en el centro de esa misión se encuentran los dos elementos del mensaje del Magnificat, que no se pueden separar, porque son indisolubles: por un lado, la importancia que tienen los pobres, en la Palabra del Dios vivo, y por otro lado, la opción preferencial por los pobres. (cf. nº 37).

Sería interesante ver por qué esa preferencia es constitutiva de la misión de la Iglesia, incluso si a veces, la Iglesia lo ha olvidado en el curso de la historia.

Ante todo, son los pequeños, los humildes, los pobres de cualquier condición o raza las víctimas más aplastadas por el pecado de la humanidad entera y que tienen, pues, mayor necesidad de oír la Buena Nueva de la esperanza. Salvar al mundo es salvar a todos los hombres, pero especialmente a los pobres, que soportan con mayor sufrimiento y realismo el peso trágico del pecado de la humanidad. He ahí por qué Jesús los ama con especial ternura. Y María, en la escuela de su Hijo y en la escucha del Espíritu, no podría actuar de otra manera.

También podemos subrayar otra razón de esa preferencia por los pobres: el mismo Jesús se identificó con los pobres, los más desamparados, los prisioneros (cf. Mt 25, 35-46). Decidió ser pobre y escogió a los pobres (38). Entonces, acoger a los pobres, aliviarlos en sus angustias físicas o morales, no es nada extrínseco a la misión de la Iglesia. Esa acogida está en el centro de su misión. Acoger al pobre es rendir homenaje a su Señor:

"En la tierra Cristo es indigente en la persona de sus pobres...Es preciso, pues, temer al Cristo del cielo y reconocerlo en la tierra" 39 (op. cit).

Estamos ante una comunión y una identificación real de Cristo con el hombre que sufre, aplastado, explotado. Entre el sufrimiento del Siervo Sufriente y el de los pobres, existe "mucho más que una relación de semejanza, existe una real comunidad de destino" 40 (Op. cit.). Cristo no le dice a Saulo "por qué persigues a los cristianos", sino que le dice "por qué me persigues a mí"; y el

texto de Mateo (25, 35-46) es mucho más claro todavía: "Tuve hambre y me disteis de comer..."

Si en el centro de la misión de la Iglesia se encuentra la exigencia de dar testimonio de Cristo y hacerle presente en medio de los hombres, la Iglesia lo conseguirá en la medida en que acoja y ame efectivamente a los pobres, verdadero "sacramento" del Cristo sufriente en la tierra. San Juan recuerda que la Iglesia está llamada a amar con hechos: "Hijos míos, no amemos de palabra, ni de boca, sino con obras y según la verdad" (1Jn 3,18). No se trata de una opción con una doble posibilidad – sí o no -. Se trata de una misión a cumplir, si no se quiere traicionar el mandato de su Señor.

3.3.3.2 - LA IGLESIA, PUEBLO POBRE

La Iglesia será tanto más la Iglesia de los pobres, cuanto más se haga Iglesia sierva y pobre, una Iglesia "pueblo pobre". El Concilio redescubrió y subrayó esa dimensión fundamental de la Iglesia: debe andar por el camino de la pobreza, y el espíritu de caridad y de pobreza es la gloria y la señal que caracteriza a la Iglesia de Cristo (42) (cf. GS).

El motivo es muy simple: ella es el Cuerpo Místico de Cristo y la salvación del mundo debe continuar en ella y por ella; la dimensión de pobreza presente en el misterio de Jesús debe perpetuarse en la Iglesia. Es una cuestión fundamental: la pobreza es característica esencial de la Iglesia porque vive en y por Cristo. (43)

La salvación fue el fruto del sacrificio de un pobre que murió en la Cruz. Es la pobreza de Jesús, el Siervo de Yahvé, abandonado de todos, que se convierte en fuente de salvación para el mundo. Cristo puso su Señoría y su victoria en la pobreza de la cruz. Así pues, lo que sucedió a la Cabeza para la Redención del mundo se halla en lo sucesivo destinado al cuerpo entero, esto es, a la Iglesia, que tiene por misión hacerse presente en la tierra, hasta la parusía, la salvación de la Pascua.

La pobreza pertenece, pues, al núcleo esencial del misterio de la Iglesia, a tal punto que condiciona su misión evangélica (44). En este sentido, la Iglesia prolonga, (o al menos debería prolongar), en sí misma y en la historia, la kénosis de Cristo Jesús:

“La Iglesia peregrina es la Iglesia de la kénosis. La razón humana y especialmente el espíritu de mezquino egoísmo que duerme en el corazón de todo bautizado pueden escandalizarse de esto. Pero es un misterio. No admitirlo es no admitir toda la locura del plan divino” (45) (op. Cit.).

La Virgen, más que nadie, aceptó plenamente esa locura del plan divino, viviendo de manera extraordinaria, íntimamente unida a la historia de su Hijo, la plenitud del misterio redentor. En la kénosis de su fe y de su virginidad fecunda, ella es, con los apóstoles en el día de Pentecostés, la primera cristiana en vivir en la Iglesia naciente esa kénosis fundamental, y continúa haciéndolo ahora a lo largo de la historia de la Iglesia peregrina. En la kénosis de su fe y de su pobreza virginal, la Virgen puede llegar a ser – y ciertamente lo es – un ejemplo primordial a conocer que ilumina la marcha de la Iglesia, a quien se le recuerda constantemente que debe vivir en estado de kénosis. Y lo puede hacer en razón de su presencia en la Iglesia y de su mediación maternal, que el papa recuerda en la tercera parte de la Encíclica.

4. - LA MEDIACIÓN MATERNAL DE MARÍA

La tercera y última parte de la Encíclica Redemptoris Mater está subordinada a este título general: ‘la mediación maternal’. Podríamos llamarla la “parte pastoral” de la Encíclica, porque trata del servicio que la sierva del Señor (cf. 38-41) sigue prestando en la vida de la Iglesia y en la vida de cada cristiano (46). (cf. 42-47). El año mariano que el papa propone, al final de esta tercera parte (cf. nº 48-50), no es sino una invitación a vivir, de manera bien concreta, esa mediación maternal de María, a descubrir todavía más, en la vida de la Iglesia y de cada cristiano, *“el vínculo especial de la humanidad con esta Madre...en el período que precede a la conclusión del segundo milenio del nacimiento de Cristo”* (nº 48).

Es interesante constatar que, cuando el papa declara la finalidad de este año mariano, lo hace prácticamente en los mismos términos que definían el objetivo general de la Encíclica (47). En la línea del Concilio, el papa, al proclamar ese año mariano, desea poner de relieve la presencia especial de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de su Iglesia (nº 48).

4.1 - DE UNA REFLEXIÓN...A UNA PRESENCIA ESPECIAL

Relativamente a la finalidad de la Encíclica, el papa decía que se trataba de una reflexión sobre el sentido y el papel de María en el misterio de Cristo y de su Iglesia. Aquí, en relación al sentido y a la finalidad del año mariano, se trata de recalcar la presencia especial de María en ese mismo misterio (48).

Se trata de un excelente ejemplo para mostrar que una buena actividad pastoral, así como una auténtica espiritualidad (mariana, en este caso), deberían construirse siempre sobre la base de una sólida reflexión bíblica y teológica (49).

De lo contrario, podemos caer en actos más o menos piadosos, más o menos sociales, pero insuficientemente enraizados en la palabra de Dios, única en poder darles su fuerza y coherencia, no tanto desde el punto de vista de su eficacia exterior (no despreciable, ciertamente) sino, sobretodo, desde el punto de vista de la actividad pastoral, una actividad que encuentra su fuente en el amor que el mismo pastor devuelve a Dios, y su cumplimiento en un amor desbordante y gratuito a sus hermanos, su rebaño (50). Este problema es lo que el papa expresa, con otras palabras en el nº 48:

“El Año Mariano deberá promover también una nueva y profunda lectura de cuanto el Concilio ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia... Se trata aquí no sólo de la doctrina de fe, sino también de la vida de fe y, por tanto, de la auténtica « espiritualidad mariana », considerada a la luz de la Tradición y, de modo especial, de la espiritualidad a la que nos exhorta el Concilio” (51) (nº 48).

4.2 - EL HORIZONTE DEL FUTURO

En este caminar de la vida de fe, el papa hace todavía otra observación relativa al Año Mariano, que es bueno subrayar. La observación se aplica a la Iglesia, y también a cada cristiano en particular: se trata de vivir este Año Mariano en una perspectiva de futuro.

El Año Mariano se abre sobre el horizonte del tercer milenio cristiano que solicita y hace una llamada a una nueva perspectiva (cf. nº 49). Se encuentra ahí una nota importante relativa a la esperanza cristiana, ya presente en la historia, que en nada merma la tensión que la proyecta hacia el futuro. María puede ser invocada con el nombre de 'Madre de la esperanza'. Y el papa recuerda entonces que:

“Así, mediante este Año Mariano, la Iglesia es llamada no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además a preparar, por su parte, cara al futuro las vías de esta cooperación (nº 49).

La Iglesia está, pues, invitada en este fin de siglo a pasar del recuerdo del futuro o de lo que ya cumplió, a la tarea aún por cumplir, de una perspectiva antigua a una perspectiva nueva. Y todo esto, para que María, que ocupa constantemente el primer lugar en el caminar de la Iglesia a través de la historia de la humanidad (cf nº 49), ayude al hombre y a la Iglesia, en el albor del tercer milenio, a realizar un cambio fundamental: *“Es el cambio entre el « caer » y el « levantarse », entre la muerte y la vida”* (cf nº 52). Se trata, dice el papa, de aceptar un desafío: *“Es también un constante desafío a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del « no caer » en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del « levantarse », si ha caído”.* (nº 52).

Es precisamente en razón de esa mediación maternal cómo ella puede estar en el centro de ese desafío, ayudando a la Iglesia y al pueblo en camino a efectuar la transición del recuerdo al futuro, del caer al levantarse en este fin de milenio.

4.3 - UN SOLO MEDIADOR: CRISTO

Al hablar de ‘mediación’ referente a María, es preciso estar atento, ya sea desde en el punto de vista teológico ya sea desde el punto de vista pastoral o eclesial, al alcance de este término.

El papa lo hace muy bien, recordando siempre al Concilio que, a su vez se hace eco de la teología de San Pablo:

“No hay más que un Dios y no hay más que un mediador entre Dios y los hombres, que se entregó en rescate por todos” (1Tm 2, 5-6).

Entonces, cuando se habla de ‘mediación’ en relación a María, ésta no puede ser comprendida si no es en relación a la única mediación de Cristo. Es, pues, mediación en Cristo (cf. nº 38). Aclarada esta idea, para que no se atribuya a la Virgen lo que desde la eternidad sólo le pertenece a Cristo, la

Encíclica presenta algunas expresiones (no muy diferentes entre sí), ecos muchas veces del Concilio, para explicar esa mediación de la Virgen en Cristo.

La mediación de María es mediación subordinada (cf. n° 38-419; es mediación de participación (cf. n° 38); es cooperación maternal (cf. n° 38); es mediación participada.

(cf n° 38), esto es:

“la cooperación de María participa, por su carácter subordinado, de la universalidad de la mediación del Redentor, único mediador” (n° 40).

Esa cooperación se hizo ayer por la acogida de la maternidad como don total de sí, de su persona al plan salvífico de Dios (cf. n° 39) y también hoy, después de la Asunción al cielo, por su intercesión. En este sentido, se puede considerar la mediación de María como mediación de intercesión (52) vivida por vez primera en Caná de Galilea, pero que continúa en la Iglesia que la invoca bajo muchos títulos que traducen esa intercesión maternal: Abogada, Auxiliadora, Mediadora (53) (cf. LG 62).

Retomando el Concilio, el papa recuerda la influencia saludable de la Virgen (cf. n° 38), influencia que se podría calificar de trinitaria, pues tiene como fuente una disposición gratuita de Dios y dimana de la superabundancia de los méritos de Cristo, y está sustentada por el Espíritu Santo (54). Esa función subordinada de María en la historia de la salvación es una función especial y extraordinaria que procede de su maternidad divina y solamente puede ser comprendida y vivida en la fe. María es generosamente asociada a la obra de la Redención (cf n° 38), gracias al don maternal que hiciera de sí (cf. n° 40) para que la misión del Salvador se hiciese posible en un momento determinado de la historia. Ella no salva: su función –subordinada, pero sublime– es simplemente la de dar nacimiento a Aquél que salva: el Señor Jesús Cristo.

4.4. - LA MEDIACIÓN DE LA CLEMENCIA

En esta sección, el adjetivo maternal puede sorprender por su repetición. Antes de explicarla en la mentalidad del papa, subrayamos, de paso, una nota en relación a la mediación de la Virgen, que aparece luego mencionada y que, desde el punto de vista pastoral, es muy importante en la vida del pueblo cristiano. Esa nota aparece en referencia a la función misma de la Madre (cf. n° 41): la Virgen,

siendo mediadora, es la Mediadora de la clemencia, en la hora de venida definitiva de su Hijo. (55)

En el lento caminar de la humanidad y de cada cristiano en particular, María pide e intercede por el pueblo que todavía está en camino. Madre de todos los hombres, su misión es conducirlos a Cristo, a pesar de las dificultades, emboscadas y pecados que les acechan por el camino. Libre de pecado, ella se hace atenta al caminar del hombre, para que también sea liberado, o para que se levante cuando caiga.

“La Inmaculada Concepción es un anuncio (subrayado en el texto). Como victoria de la “misericordia”, ella anuncia una victoria en beneficio de todos y de todas. Si María está preservada de la influencia del primer pecado y de todo pecado, lo es para servicio de su vocación personal en el misterio de la salvación. Y, por lo tanto, para el servicio de nuestra propia liberación (el subrayado es mío). Su pureza anuncia nuestra purificación, nuestra comunión final con la santidad de Dios, no obstante nuestras faltas. La inmaculada concepción de María nos anuncia la victoria final de la misericordia en el mundo y en el corazón de cada uno/a de nosotros. (56) (Ferlay. Marie, mère des hommes - Prier Marie en Église, p.43).

Porque también ella - la primera - fue objeto de esa misericordia. No es, pues, de extrañar que ella vea, entonces, sobre sus hijos amenazados siempre por el pecado. Madre universal (recordemos una vez más el despojamiento de María al pie de la cruz), María, como el Hijo, se convierte en una señal que habla de la misericordia de Dios:

“María queda de esta manera configurada, hasta cierto punto, con la paternidad sacrificial de Aquel que acoge a todos los pecadores en el amor único que tiene para con su Hijo muy amado, mientras ese Hijo muere por culpa de ellos. Así como Dios ve a todos los hombres con el mismo amor que tiene para con su Único, así María se hace Madre universal y la imagen perfecta de la Misericordia absoluta” (57) (Op. cit. p. 149).

Esa mediación de la clemencia es, sin duda, uno de los aspectos del servicio que María presta a sus hijos de la Iglesia peregrinante. Es precisamente sobre esta nota de servicio que el n° 41 afirma: sierva del Señor el día de la Anunciación, seguirá siéndolo, sierva del Señor y de sus hijos durante su vida en la tierra, y el carácter de servicio de su misión, la gloria de servir (n° 41) no cesa por el hecho de ser elevada al cielo y coronada como reina. Su mediación

maternal perdura en el servicio que continúa prestando en favor de toda la humanidad. En un cierto sentido, ella también, como lo hace Cristo, actualiza la misericordia del Padre y la de su Hijo, hasta *“la plenitud definitiva del Reino, cuando Dios será todo en todos...hasta la realización definitiva de la plenitud de los tiempos, esto es, hasta la recapitulación de todas las cosas en Cristo”* (58) (nº 41).

4.5 - EL SENTIDO DE LA MEDIACIÓN MATERNAL

La repetición del adjetivo “maternal” para cualificar la mediación de María, aparece con frecuencia en la Encíclica (59). (Ver título de la 3ª. Parte). De hecho, la mediación de María está estrechamente ligada a su maternidad; brota de su maternidad divina (cf. nº 38). Esa maternidad es acogida como don total de sí a los designios salvíficos de Dios, y se convierte en la dimensión primera y fundamental de su mediación: el mismo Dios se somete a la mujer. Él quiso necesitar de esa mediación humana que da acceso a María a su misión en el misterio de Cristo y en el misterio de la Iglesia (60) (cf. nº 39).

El número 40 realiza el “paso” de la maternidad de María respecto de su Hijo, a la maternidad de María en el orden de la gracia, con relación a todos los hombres. Y el Concilio (LG 62) es citado textualmente: “La maternidad de María, en la economía de la gracia, perdura ininterrumpidamente hasta la perpetua consumación de todos los elegidos” (61). El texto citado, una vez más, es el texto joánico de la escena al pie de la cruz. Sin entrar en todos los problemas exegéticos que pudieran provocar cualquier interpretación simbólica de ese pasaje (62), nos quedemos con la interpretación de la misma Encíclica, ella también simbólica (63).

María queda como Madre en el seno de la Iglesia naciente. Esa maternidad se perpetuará en la historia por una intercesión constante en favor de sus hijos. Ella, que vivió hasta el fin su peregrinación de la fe, sigue ahí, atenta a los hermanos de su Hijo, cuya peregrinación no ha terminado todavía, haciendo eficaz dicha maternidad solícita y atenta (cf. nº 23) que se realizó en el comienzo de la actividad mesiánica de Cristo.

La escena del Calvario representa un final y un comienzo: su Hijo según la carne muere y, a partir de ahora, es a la humanidad a la que María deberá considerar como su hijo; la humanidad que de ahora en adelante deberá

presentar al Padre. Por encima del simbolismo, en el momento de este despojamiento en la fe y de esa pobreza total al pie de la cruz, por encima del simbolismo que conlleva, existe un realismo abrumador relativo a María:

"En este sentido, la prueba suprema para María en el Calvario no es ver sufrir y morir a quien ama, sino oírle decir desde lo alto de esa cruz, que es la cátedra desde la cual dicta su última enseñanza,: "Este es tu hijo". Orígenes, entre los Padres, percibió mejor que otros, la densidad teológica de esta palabra de investidura. Jesús no dijo a María, al señalarle a Juan: 'éste también es tu hijo', como si la humanidad pecadora y salvada viniese a sumarse a la filiación del Único, para hacer número con ella. María debe, de alguna manera, en la noche de la fe, renunciar al propio Jesús y aceptar en su lugar el encargo de la humanidad representada por Juan". (64) (Ferlay, op.cit., p. 148)

María está, pues, investida de una función especial en la vida de la Iglesia y en la vida de cada cristiano. Ante todo, María, Madre de Dios, se convierte en modelo, o mejor dicho, en figura de la Iglesia, porque la Iglesia también es llamada Madre y Virgen (cf. nº 42).

Citando el Concilio (LG 64) el papa justifica así esa maternidad y esa virginidad de la Iglesia:

"La Iglesia llega a ser Madre cuando, acogiendo con fidelidad la palabra de Dios, por la predicación y por el bautismo, engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios" (nº 43).

Y, más adelante, el papa explica la justificación de la virginidad:

"Al mismo tiempo, a ejemplo de María, la Iglesia es la virgen fiel a su propio esposo: también ella es virgen, que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo." (nº 43).

Por lo tanto, podemos trazar un paralelismo entre la Virgen y la Iglesia, reconociendo en ésta los elementos maternos (engendrar hijos e hijas para una vida nueva en Cristo), y los elementos virginales (la donación total a Dios, fuente de especial fecundidad espiritual, esto es, fuente de la maternidad en el Espíritu Santo) que se encuentran en la Virgen.

Es en virtud de esa relación de ejemplaridad cómo María es modelo y figura de la Iglesia. Pero no solamente esto, dice el papa: la maternidad de la Iglesia se realiza también con la cooperación de María. En este sentido:

"La Iglesia recibe copiosamente de esta cooperación, es decir, de la mediación materna, que es característica de María, ya que en la tierra ella cooperó a la

generación y educación de los hijos e hijas de la Iglesia, como Madre de aquel Hijo 'a quien Dios constituyó como hermanos" (nº 44).

Se trata de la cooperación de su amor maternal en el orden de la gracia. La respuesta a ese amor maternal que la Iglesia actualiza, de alguna manera, en su tarea apostólica, se encuentra en lo que el papa llama "la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo" (nº 45) consistiendo esa dimensión en la ofrenda de sí mismo, ofrenda filial a la Madre de Dios que, a ejemplo del discípulo amado, la acogió en su casa, es decir "la acogió en su vida" (nº 45) (65).

A partir de esa acogida se establece una relación filial que no es sino el abandono del hijo en brazos de la madre. En este abandono, María orienta siempre a sus hijos hacia Cristo, algo así como sucedió en Caná: "Haced todo lo que él os diga". Así pues, la Virgen permanece siempre la única sierva, testigo del amor de Dios a quien desea conducir a los que se confían en ella, hombres y mujeres (cf. nº 46) 66.

Así, sería falso, o por lo menos bastante empobrecedor, ver la función de María sin relacionarla continuamente con la Iglesia y con Cristo. El Concilio subraya bien esa relación María/Cristo/Iglesia, y el papa lo subraya también citando a su predecesor, Pablo VI:

"El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre la Bienaventurada Virgen María constituirá siempre una clave para la comprensión exacta del misterio de Cristo y de la Iglesia" (nº 47).

María, humana como toda mujer, pero llena de gracia como ninguna otra, Madre de los hombres, de todos los hombres, colocada por encima de todo pecado por disposición única de la gracia, está presente en el misterio de la Iglesia y del hombre para ayudarlos a vencer el duro combate contra los poderes de las tinieblas (cf. nº 47 y GS 37), en el pasado, en el presente y en el futuro.

María, la hija de Sión, permanece presente, por su maternal intercesión, en toda la historia de los hombres, en toda la historia del hombre, como toda madre permanece presente, siempre y en cualquier parte, en la historia de su hijo. Y esto, por maravilloso que sea, nada tiene de sorprendente: la presencia, signo por excelencia de la maternidad, es – y sigue siendo – el don y la gracia de la feminidad.

CONCLUSIÓN

La lectura global, la visión de conjunto de la Encíclica Redemptoris Mater a lo largo de este estudio, ha hecho hincapié, en un primer momento, en la finalidad de este documento mariano, a saber, la función de María en el misterio de Cristo y su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia.

La historia de María es inseparable de la de Cristo y la de la Iglesia: ella engendró a Cristo y es la Madre de la Iglesia y en este sentido, engendra en el orden de la gracia a los nuevos hijos de la Iglesia. Se trata de una maternidad espiritual, de una cooperación al nacimiento y a la educación de los hijos de Dios.

Es la perspectiva de la maternidad espiritual la que ayuda a comprender la presencia activa y la presencia ejemplar de la Virgen en el caminar histórico de la Iglesia, en la vida de los cristianos que Dios salvó por el nuevo nacimiento del bautismo (cf. Tt 3,5). Esas dos presencias destacan la presencia única, maternal, de María para con sus hijos a lo largo de su 'peregrinación de la fe' vivida en la vida de cada día con sus fracasos y sus alegrías.

La presencia activa de la Virgen es su función en la economía de la salvación. Se trata de un servicio que la Virgen presta a la humanidad, y, en cierto sentido, que la Virgen presta al mismo Dios que quiso recurrir a la mujer para que su Hijo, que es de condición divina, tomase la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres (cf. Flp 2,6-7). De esta manera, la presencia activa de la Virgen en la economía de la salvación se sitúa en el momento mismo de la Anunciación y de la Encarnación en que el Hijo nace de la mujer para libertar a los que están sujetos a la Ley y hacerlos hijos adoptivos (cf. Ga 4, 4-5).

Más tarde, en su peregrinación de la fe, la encontramos en el Cenáculo, presencia viva, activa y orante, en medio de los Apóstoles, al comienzo de la Iglesia. Entra así, en la historia de la Iglesia para estar aquí y ahora, atenta a sus necesidades, es decir, para continuar sirviendo. Y, por el misterio de la Iglesia, se une a la humanidad en general, a la historia de los hombres, hechos hijos suyos al pie de la Cruz. Aquí, una nueva función le es encomendada: en la Iglesia y de la Iglesia ella se hace Madre, intercediendo por la Iglesia y por el mundo.

Su presencia activa en la historia de la Iglesia hace que la Iglesia permanezca abierta al mundo y acepte el riesgo de su misión: la predicación de la Palabra y el anuncio de la salvación. Sin miedo, como otrora en Pentecostés cuando los Apóstoles salieron para la misión, impelidos por el Espíritu Santo. La Virgen estaba allí y, gracias al Espíritu, ella también asume la nueva misión: la de acompañar a sus hijos en la peregrinación de la fe y ayudarlos en la travesía de este "valle de lágrimas". Pentecostés no es el final de su misión: es el comienzo de una nueva tarea: está presente activamente en medio de nosotros.

Presente en medio de nosotros, llena de gracia, madre nuestra, ella permanece siendo un ejemplo para todos sus hijos. Su presencia se hace ejemplar en el sentido de llamada, de ideal propuesto para toda vida cristiana, de camino a seguir, guiados por el Espíritu Santo. Estrella del Mar, estrella de la mañana, ella no lleva a sus hijos a sí misma, sino a Cristo. Si sigue siendo 'llamada', 'ideal', no es en función de sí misma, sino en función de su Hijo: 'haced todo lo que él os diga'. Su llamada –como ejemplo y como Palabra– encuentra su sentido último en el Hijo. Es el Hijo, Cristo, quien es el ejemplo, en definitiva, para los cristianos. La ejemplaridad de la Madre, porque llena de gracia, ya es fruto de la gracia.

Mujer redimida, no por eso es menos humana. Su presencia ejemplar en la historia de la Iglesia y del hombre no proviene de alguien que esté "por encima de" la condición humana. Por el contrario, permanece muy cercana a la condición humana herida por el pecado. Sin duda alguna, sólo la gracia puede devolver al hombre toda su humanidad. Pero, María estuvo siempre apartada del pecado. La Virgen, nacida en la condición humana, intercede por nosotros para que la gracia visite nuestro corazón; y así, el corazón del hombre, tocado por la gracia, podrá seguir mejor los caminos de Dios.

Ejemplo de toda vida cristiana, la Virgen permanece una llamada para el corazón del hombre en busca de plenitud y de gracia; y al mismo tiempo, intercede para que el caminar, en la 'peregrinación de la fe' del hombre, sea menos pesado y más llevadero. Así, el hombre todavía afectado por el pecado, se hace más abierto y más receptivo a la gracia de Dios. Así podrá acercarse más fácilmente a la Virgen, cuyo objetivo es llevar a sus hijos a su Hijo.

Ella está presente en el camino de los hombres, porque, antes, estuvo presente en el camino de Cristo. Participar tan plenamente y tan profundamente

en el misterio de Cristo, sólo es posible dentro de una perspectiva de fe. María es bienaventurada porque creyó. En ella, la fe estuvo en contacto permanente con el misterio, o en otras palabras, el misterio de Cristo del que ella participa, sólo puede ser vivido en la fe. Entonces, no es sorprendente que, en su fe comience la Nueva Alianza. Al pie de la cruz el desenlace del misterio se convierte para María en "kénosis" de fe. El sacrificio del Hijo se convierte en el sacrificio de la Madre. Pero este sacrificio genera una nueva maternidad de la Virgen María: la humanidad se convierte en su hijo.

La "peregrinación de la fe" de la Virgen terminará en la Asunción, pero su servicio continúa. Su maternidad se prolonga en la Iglesia y en la historia. Se trata de su mediación maternal que arranca de Cristo y nos orienta hacia Él: y ante Él, ella intercede por nosotros. El objetivo de esta intercesión es la felicidad del hombre, de todo hombre, pues todos son ahora hijos suyos.

María está también presente en la vida de la Iglesia peregrinante, y no puramente de una manera "exterior" en el tiempo y en el espacio, sino de una manera "interior": María está presente caminando con el hombre, desde el día de Pentecostés hasta la Parusía. Se hace testigo por excelencia del misterio de Cristo para todas las generaciones. Todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Es la voz del Magnificat que resuena en la historia. El eco continuo de esta voz subraya, a un mismo tiempo, la alegría y la pobreza de la "sierva del Señor". La alegría proviene de la obediencia de la fe en la cual María sobresalió. Por eso el Todopoderoso hizo en ella maravillas. Una obediencia de la fe a los designios de Dios, que aun siendo una fuente de alegría, no por eso deja de ser una fuente de dolor, de entrega. La obediencia de la fe no suprime el dolor del pesebre ni el de la cruz. Esa obediencia puede llegar a ser, a pesar de la alegría que proporciona, la kénosis de la fe.

El Magnificat recuerda también otra kénosis: la de los pobres; y por lo mismo, la kénosis de la pobreza virginal de la Virgen, traducción "física" de otra pobreza que la Virgen vivía ya en su corazón, la pobreza del corazón. Así pues, la virginidad que era signo de pobreza para la Virgen se convierte en signo de riqueza por gracia del Espíritu Santo: Cristo, riqueza para todos aquellos que le reciben, nació de esta pobreza de la Virgen. No nos extraña, entonces, que la Iglesia, siguiendo el ejemplo de la Virgen, esté llamada a hacerse y mantenerse

“pueblo pobre”, “pueblo de los pobres”, para no traicionar el mensaje que recibió de Cristo y de la Virgen. Madre de Cristo, ella se convierte de este modo en Madre de los cristianos. En este sentido, ella es la Madre de todos nosotros y su presencia maternal en la Iglesia podrá traer beneficios inestimables en favor de la unidad de los cristianos; unidad que sólo conseguiremos siguiendo el ejemplo de María, esto es, su obediencia en la fe.

El Año Mariano que el Santo Padre ofrece al final de la carta Encíclica puede ser una oportunidad única para “actualizar” la presencia maternal de María en la Iglesia. No solamente para conseguir la unidad. La mediación maternal de María, entendida siempre en el ámbito de la única mediación salvífica de Cristo, podría ser en este Año Mariano, una fuente inagotable de gracia cuyo objetivo sería nada menos que acercar al hombre a Cristo; una fuente de gracias para hacer crecer al hombre en su vida de fe, esperanza y caridad, en su vida de relación con Dios. Y, al mismo tiempo, una fuente de tantas gracias en las que la Virgen se destacó: humildad, servicio, escucha de la Palabra, presencia al lado de los pobres, abertura al Espíritu, colaboración con los designios de Dios. O, también, en una humanidad azotada por la guerra, el hambre, el miedo, aspectos concretos de la tragedia del pecado que aplasta al hombre y sobre todo a los pobres, ¿no podría la Virgen ser inspiradora de la paz, del compartir y de la confianza entre los hombres? Seguramente que sí.

Dios mismo quiso confiar esa tarea a la mujer. ¿Por qué, entonces, el hombre no vendría a gritar su angustia y, al mismo tiempo, su esperanza al corazón de esa Madre solícita? ¿No es ella, de manera especial, la mediadora de la clemencia? Ella siempre lo ha sido y seguirá siéndolo hoy para el hombre, en este final del segundo milenio. Virgen de la esperanza, puede ayudar al hombre nostálgico a reencontrar el “paraíso perdido”. En ella, la desconfianza de Eva desaparece, mientras se nos ofrece la certeza de la gracia y de su plenitud; en ella y por ella, Cristo, fuente primera de toda gracia, es ofrecido al hombre en busca del verdadero camino, ese camino que es el mismo Cristo, que, por medio de María, puede alcanzar el corazón de todos los hombres.

En esta búsqueda y en este caminar, ‘Redemptoris Mater’ es una ayuda preciosa, un don inestimable que el papa pone en las manos de todo hombre de buena voluntad. Se trata de estudiarla, reflexionarla y orarla, con María. El

mensaje central de la Encíclica es la sugerencia y el deseo de que el Año Mariano sea una oportunidad única para 'despertar' al hombre de su sueño. Sería preciso también vivirlo con María, llevados de su mano. Abrirá el corazón del hombre para ponerlo a la escucha y darle fuerza para ponerse en camino para alcanzar los resultados propuestos por la Encíclica para esta ocasión: reencontrar a María en el misterio de Cristo su Hijo, en el albor del tercer milenio. Su horizonte es el año 2001. Está lanzado el desafío a las naciones, a las familias, a los individuos. ¿Quién se atrevería a no responder?

NOTAS

1) El objetivo de la Encíclica está estrechamente ligado al significado del Año Mariano; de hecho, el objetivo de la Encíclica y el significado del Año Mariano están formulados en términos muy semejantes, como veremos más adelante. Encontramos esos dos aspectos en el inicio (cf. n.º 1) y al final de la Encíclica (cf. n.º 48-50), pero están íntimamente relacionados. El uno implica al otro y viceversa: el objetivo de la Encíclica esclarece y da sentido al Año Mariano y éste último encuentra su justificación teológica en los puntos subrayados al inicio de la Encíclica.

2) Ga 4,4-6: *"Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la condición de hijos adoptivos"*. Este mismo pasaje sirve, además, como introducción al capítulo que el Concilio Vaticano II consagra a la Virgen María, LG 8, titulado *"La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia"*.

3) Cf. n.º 20-24. El papa retoma el tema de la maternidad de un modo más "pastoral" y menos bíblico en la tercera parte de la Encíclica, bajo el título "Mediación maternal".

4) Cf. Sobre este tópico, por ejemplo, ver *María en el Nuevo Testamento*, Londres, 1978, pp. 41-45. (éste es un libro escrito conjuntamente por teólogos

católicos y protestantes, editado por Raymond E. Brown, Karl P. Donfried, Joseph A. Fitzmyer e John Reumamm).

En otro estilo, más teológico y espiritual que exegético, podemos leer el capítulo, "Christ et Marie", de Philippe Ferlay, *Marie, Mère des Hommes, Prier Marie en Église*, Paris, 1985, pp 103-112.

5) En este sentido, una eclesiología basada en la noción de "Cuerpo de Cristo" contraría los excesos de una eclesiología centrada principalmente en los aspectos sociales, jurídicos e institucionales de la Iglesia.

6) Cf. Nota j) de TOB en Jn 19,27. La TOB observa también en la nota h) en relación a Jn 19, 27 que, a partir del versículo 25, el posesivo "su", de ella" está ausente, como sugiriendo que María ya no es exclusivamente la madre de Jesús.

7) Cf. Hch 1, 14

8) Cf. Juan Pablo II, "Dominum et Vivificantem", nº 54 (Encíclica sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del Mundo).

9) Philippe FERLAY, pp 79-80.

La misión de la comunidad de los fieles y apóstoles está descrita así por FERLAY:

a) La comunidad de los creyentes recibe el Espíritu, para que en ella se realice "el milagro de la fe". Se trata de que todas las personas que se adhieren a Jesucristo resucitado, lo reconozcan como el Señor de sus vidas. De modo que todos y cada uno acepten a Jesús como el enviado a todos, para que la Buena Nueva sea conocida y que el Cuerpo místico de Cristo se realice. La realización concreta de este Cuerpo místico es el objetivo final del Amor trinitario, la realización de toda la obra de la salvación.

b) El colegio de los apóstoles recibió el Espíritu que será el almacén de ese Cuerpo hasta que el Señor vuelva, cuando el Padre decida, para entregar todas las cosas al amor del Padre. Los apóstoles reciben el Espíritu para ejercer un ministerio, una tarea apostólica: trabajar en armonía con el Espíritu Santo, para que la Iglesia se construya por la misión y, complete este Cuerpo, que será concluido cuando el Señor vuelva.

10) Sería una Mariología muy pobre, si no lo hiciese.

11) Pienso especialmente en la Iglesia Católica Romana y en la Iglesia Ortodoxa.

12) En este mismo número, el papa alude a documentos de Pablo VI: la encíclica 'Christi Matri', y las Exhortaciones Apostólicas 'Signum Magnum' y 'Marialis Cultus' en donde Pablo VI presenta las bases y los criterios para una correcta veneración que la Madre de Cristo debe recibir en la Iglesia. Cf. También el nº 49 relativo a la peregrinación de fe de la Iglesia.

13) Peter Hans Kolvenbach, "Marie, modèle de notre mission", Vie Consacrée 3 (1987) 131-140; la cita está en la página 133. Podemos leer este artículo del P. Kolvenbach con mucho interés. En el artículo, se presenta a María como modelo de nuestra misión. Kolvenbach habla de la dimensión mariana de las Comunidades de Vida Cristiana que se inspiran en la espiritualidad de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio.

14) Acerca del "Rogad por nosotros", como una oración a la Virgen, ver Gabriel HARTY, *Prier l'Évangile avec Marie - À la découverte du Rosaire*, Paris, 1982, pp 71-73. Cuando hablo de "poder", en relación a María y a los santos, pienso, por ejemplo, en el episodio de Caná en donde, muy discretamente, pero de una manera muy "poderosa" la intercesión de la Virgen hizo cambiar el rumbo de los acontecimientos. Esta intercesión (la Virgen María, finalmente) fue responsable de una transformación que va de una situación de "carencia" a una situación de "abundancia". Es Cristo quien realiza esta transformación, pero fue la Virgen quien preparó el camino. ¿Por qué, dudaríamos, entonces, en recurrir a esa "capacidad" de intercesión que tiene la Virgen, en los momentos a veces difíciles a lo largo de la historia y de la vida de la Iglesia?

En lo que hace referencia a los Apóstoles, existen varios pasajes del NT en donde se habla de un "poder" que les es dado. Ciertamente, este poder no está necesariamente vinculado a la idea de intercesión de la que hablo en el texto. De todas formas, ese poder les es dado "para los demás" en beneficio de los demás. Mt 9,8; Mc 2, 10; Mt 10.1 y Lc 9,1, hablan, por ejemplo, del poder y de la autoridad dada a los Apóstoles, "*para que curen todas las enfermedades*". Debemos ver ese poder ligado a la autoridad de Jesús. Hch 4,7-10 es un maravilloso texto que muestra esa relación: la intercesión de los apóstoles no tiene sentido ni significado fuera del misterio de Jesús. *¿De dónde os viene ese poder para hacer eso? ¿En nombre de quién hacéis eso?* Pedro respondió: "*En nombre de Jesús Cristo*". El poder de los Apóstoles es inseparable del poder de Cristo. No tiene significado alguno o eficacia fuera de Cristo.

Igualmente, si se habla de mediación - tanto para la Virgen como para los santos, - debemos entenderla subrayando que no tiene sentido ni eficacia si no es desde la única mediación de Cristo, el único mediador definitivo y permanente, Cf. He 6,26: el poder viene de Jesús; 2Co 13,10: san Pablo habla del poder que el Señor le dio para construir y no para destruir. Si pensamos en términos más generales y no solamente en una rigurosa definición de "poder", podemos decir que toda existencia cristiana debe ser vista en función de los demás: sois sal de la tierra...sois luz del mundo...

15) Para la introducción, el papa se inspiró profundamente en la doctrina conciliar sobre la Virgen María, LG 8

16) Después del comentario relativamente largo, en donde me refiero a la Introducción y a Conclusión de la Encíclica, no entraré en detalles en el estudio de cada capítulo. Me limitaré, de manera casi meramente descriptiva, a poner de relieve los elementos teológicos más importantes de cada capítulo.

17) El papa tiene, además, un estilo muy repetitivo y vuelve sobre el mismo tema, como si desarrollase su reflexión en círculos concéntricos en torno a un núcleo central. Este estilo repetitivo es todavía más visible en la Encíclica sobre el Espíritu Santo.

18) Cf. Especialmente nº 13; cf también Rm 1,5; 16,26; 2Co 10,5-6.

19) Cf Nota d) de TOB en Lc 2, 34.

20) De paso y, por analogía, el papa habla también de un nuevo significado que la palabra "fraternidad" (y podríamos añadir "paternidad" y "sororidad") podrá adquirir. Cf nº 20-21. El papa recuerda también que el discípulo llamado a seguir al maestro construye en la fe su "nueva" fraternidad (sororidad o paternidad). Seguir a Cristo no es sino servir y poner en práctica su palabra.

21) Esta doctrina es plenamente conciliar: cf nº 22 en el que el papa cita LG 60, 61, 62.

22) Cf Nota 9 de este trabajo.

23) El papa apoya esta afirmación, citando LG 65.

24) El papa subraya la especial devoción a la Virgen de las Iglesias Orientales. Siendo realistas, debemos notar que la Virgen no goza de la misma veneración en las Iglesias de la Reforma, por ejemplo. Sin aceptar pasivamente esta realidad, podemos pensar que, en una Iglesia unida, cada confesión estará

abierta a la contribución y a la riqueza de las otras confesiones, sin tener que copiar necesariamente "de una manera literal" las costumbres o los modos de hacer de cada una de las Iglesias hermanas. Además de este esfuerzo destinado a comprender las diferentes sensibilidades religiosas desarrolladas a lo largo de los siglos y de esta apertura y un idéntico respeto de las riquezas de los demás, debemos añadir que todos los elementos dogmáticos presentes en una determinada Iglesia, no tienen la misma importancia. La unidad debería tener en cuenta también esa gradación de las cosas importantes de cada Iglesia.

25) Ferlay, 69.

26) J.M.R. Tillard, *Le salut, mystère de pauvreté*, Paris, 1968, pag. 26.

27) Tillard, 26-27

En este texto, Tillard, cuando habla del "derecho al respeto" debido a toda mujer que da a luz, menciona en nota un texto de L. Legrand, *La virginité dans la Bible*, Paris, 1964, pp 117-118, que dice:

"Como verdadera judía, María no considera su virginidad como una cualidad ni como un título de gloria o de mérito, sino más bien como una negación, una especie de privación, una condición de humillación".

Salvaguardando las distancias temporales y culturales que nos separan de la historia de Israel, lo que acabamos de decir sirve para presentar incluso hoy, cierto realismo de la virginidad que conlleva una cierta pobreza, en el sentido de que priva al hombre/mujer, no de aquello que les daría el derecho al respeto (como era el caso en la cultura de Israel, e incluso hoy en algunas culturas), sino en el sentido de que le/la priva efectivamente de una descendencia que puede considerarse como una riqueza y que, sobre todo, les lleva a vivir su relación con Cristo solos, aisladamente, sin la riqueza de la comunión o de la mediación humanas, tal como se vive en el matrimonio, por ejemplo.

Sólo en este sentido, podemos hablar de celibato como pobreza. Esta visión realista del celibato tiene, además, otra ventaja: la de corregir dos maneras equivocadas de ver el celibato. La una, un tanto "oficial", especialmente evidente en los manuales y en la mentalidad pre-conciliares, que podríamos calificar de "triumfalista", pues defendía la "superioridad" del celibato respecto del matrimonio.

La otra, más bien "popular", que se compadecía de la "triste suerte" de los solteros que por eso debían sufrir mucho. Esta manera de ver la podríamos

tildar de compasión, o de "lástima": ay, "pobres" célibes. La pobreza de la virginidad no debe ser considerada de esa forma.

Ni "triumfalismo" fácil relacionado con discutibles "superioridades", ni "conmiseración" popular ante un sufrimiento imaginario o real, fruto del celibato, sino un sano "realismo" que, aunque sustentado por la gracia, no suprime ciertas dimensiones de la pobreza de la virginidad asumida conscientemente, como por ejemplo, la esterilidad o la soledad. En todos estos casos, existe, como en la Virgen, un cierto aniquilamiento, una cierta forma de indigencia. Y no será una falsa espiritualidad demasiado "pietista", la que transformará esta pobreza en riqueza. Esta pobreza virginal permanece con todo su realismo, aunque sea vivida en el misterio de Cristo, con Él, para Él y por Él.

Sobre la virginidad de María, citamos también a Jean GALOT, *Marie dans l'Évangile*, Paris, Bruges, 1956, p.46:"

La renuncia de María a la maternidad fue un acto excepcional, que procedía de una disposición fundamental de su alma que había sido desarrollada y alabada con insistencia en el Antiguo Testamento: la pobreza ante Dios. Descartando toda ambición humana de poseer una familia numerosa, y desprendiéndose de la facultad de ser madre, María actuaba como una "persona pobre". Se presentaba ante el Señor carente de la noble riqueza que las demás mujeres ansiaban: la de tener descendencia. Nunca hasta entonces, esa pobreza había llegado tan lejos, pues nunca había tenido cabida en un corazón femenino hasta el punto de arrebatarse su deseo más íntimo, el deseo de la maternidad. María llevaba al grado más elevado la actitud de pobreza cuyo valor a los ojos de Dios le habían revelado las Sagradas Escrituras".

28) Tillard, p. 27

29) Resumen aquí y en las páginas siguientes (cf. nota 44) el pensamiento de Tillard, pp 27-35. Para la realización de la voluntad del Padre, cf. por ejemplo, Jn 4, 34; 6, 37-38; Lc 22, 41-42; Flp 2, 8.

30) Cf. Flp 2,8

Al tomar el texto bien conocido de Jn 12,24, Tillard, p. 29, establece este hermoso paralelismo: "La espiga de trigo viene del grano que se pudre: el señorío de Jesús viene de su pobreza, la salvación del hombre (ligada a este señorío) viene de la kénosis de Cristo; el Señor Jesús viene del Pobre Jesús; el Kyrios viene del Ebed Yahvé".

31) Para la exaltación de la Virgen como Reina del Universo, cf. por ejemplo, LG 59.

32) "La plenitud de la Revelación", a la que se había referido el papa, un poco antes, al citar 'Dei Verbum', 2.

33) Éste es el subtítulo de la Encíclica para los números 35-37. Aquí, el papa destaca la dimensión de la Iglesia peregrinante, a tal punto que esta idea está incluso reflejada en el título de la Encíclica.

34) cf. AM 5.

35) cf. AM 5 y GS 3

36) Cf. LG 8, que también subraya que Cristo realizó la redención a través de la pobreza.

37) Tillard, pp 30 y 35

38) Cf. Jn 2, 5-6 y las respectivas notas en la TOB. Un texto precioso, en donde Santiago dice que Dios elige a los pobres, a los ojos del mundo, para hacerles ricos en la fe (vs 5); y luego se pregunta (vs 6): "¿No son los ricos quienes os oprimen?". En el contexto de este capítulo "muy práctico", Santiago recuerda los principios que expresan el amor al prójimo y concluye con esta frase sobradamente conocida: "*La fe sin obras está muerta*".

39) San Agustín, citado por Tillard, p. 41. En la página 40, Tillard menciona a Juan Crisóstomo, en un texto completo que se podría resumir de este modo: "*Los pobres son el altar de Cristo*". Juan Crisóstomo afirmaba: "Por consiguiente, cuando tienes ante ti a un pobre que vive de la fe, recuerda que lo que estás viendo es un altar, que no debes despreciar, sino respetar".

40) Tillard, p.41

41) Cf. AM 5

42) Cf. GS 88. En este mismo orden de ideas, el Concilio invita a los sacerdotes (cf. AM17), así como a los misioneros (cf. AM 24) a abrazar la pobreza voluntaria; los seminaristas también están invitados a llevar una vida sencilla (cf. FP 9).

43) Es especialmente en los textos paulinos donde encontramos estas expresiones. Entre otros pasajes cf. Rm 12,5; 16,10; 1Co 4,10; 2Co 1,5; 1,21; 2,17; 3,3; 5,18; 1,22; Ga 2,17; Ef 1,10; 2,5.

44) Tillard en quien me inspiré al escribir estos párrafos (cf. nota 29) señala que la historia muestra a la sociedad que, cuando la Iglesia acepta el poder mundano, cuando se hace rica, entonces, inmediatamente su celo para propagar

el evangelio se debilita. Luego menciona los nombres de Antonio, Francisco de Asís, Domingo, Charles de Foucauld, quienes, en momentos cruciales de la historia de la Iglesia supieron re-encender la llama de la pobreza (cf. p.32). Otra observación importante es la siguiente: esta pobreza de la Iglesia no es sólo de naturaleza ascética, es decir, renuncia a los bienes creados, para pertenecer totalmente a Dios, el único capaz de satisfacer plenamente el corazón humano. Aun cuando esta dimensión no es de despreciar, el requisito de la pobreza es más radical y más absoluto: debe ser hallado en un plan misterico – que consiste en prolongar y perpetuar en el mundo el misterio de Cristo pobre.

45) Tillard, p. 34.

46) En este orden de ideas, podríamos llamar la primera parte de la Encíclica, la parte “exegética”: esta parte trata sobre todo del papel de María en el misterio de Cristo, a partir de datos bíblicos (‘llena de gracia’; ‘bienaventurada porque has creído’; ‘he ahí a tu madre’). La segunda parte podríamos designarla como la parte “conciliar”, pues las citas o referencias al Concilio son muy numerosas: de las 53 notas de este capítulo, 41 son del Concilio. Por otro lado, el telón de fondo de esas referencias conciliares es, en general, bíblico también.

47) Cf. nº 1;

48) El texto que expresa el objetivo de la Encíclica habla igualmente de la presencia activa y ejemplar de María en la vida de la Iglesia. En definitiva, esta presencia activa y ejemplar de María no es sino esa presencia especial de la que el papa habla aquí.

49) Ferlay, p 40, en el párrafo “¿Inmaculada o Inaccesible”?, muestra cómo una mala teología mariana llevó a algunos creyentes a sentirse más cercanos de Jesús que de María, ésta “inaccesible” por ser Inmaculada, Ferlay escribe:

“Jesús, por el contrario, curiosamente es más cercano. Es sólo nuestro hermano mayor, puede compartir nuestros juegos, es decir, nuestros sentimientos y, por consiguiente, a veces hasta nuestras reacciones de malos jugadores! Existe, ciertamente, en este caso, una perversión de la teología mariana, y sabemos que ciertos discursos espirituales sobre María condujeron más o menos a esa situación. Veamos algunos ejemplos: muchos de los que admiten el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto, saltarían de ira o de enojo si nos atreviésemos a hablar de tentaciones en el caso de María. Una devoción mariana sin un suficiente enfoque y control teológico, condujo a algunos fieles a esta

paradoja: Jesús les parece más cercano que María, y son capaces de atribuir al Hijo lo que no se atreven a atribuir a la Madre”.

50) Aquí, pienso en aquella escena en la que Cristo pregunta a Pedro, por tres veces, si lo ama más que los otros (cf Jn 21, 15-19). La función pastoral que carga sobre sus hombros, ocurrió sólo después de esta profesión de amor. Es una consecuencia de esa misma profesión. Es verdad que, si esa profesión de amor implica, de alguna manera, el peso o el encargo de la función pastoral, también es verdad que, a partir de ella, el ejercicio de esta tarea pastoral es un buen testimonio, un reflejo vivo de ese amor para con Dios y para con el prójimo.

Dije antes que, si una actividad pastoral no tiene fundamento bíblico, puede degenerar en activismo; pero también es verdad que una reflexión bíblica que no conduce a una buena actividad pastoral puede ser un ejercicio intelectual más o menos agradable, pero al mismo tiempo más o menos inútil y estéril, sin una influencia directa en la vida y en la espiritualidad de la comunidad. Los dos aspectos deberían ser complementarios, el uno no debería existir sin el otro.

51) En este capítulo y, en especial en los puntos 4.2 y 4.3, retomo algunas ideas ya tratadas en 1.3.1 y 1.3.2, completándolas desde otro punto de vista (el de este capítulo enteramente dedicado a la mediación maternal), a pesar de que la teología subyacente sea la misma.

Estas repeticiones que intento reducir al máximo son el resultado del método escogido para esta lectura de la Encíclica, un método descriptivo y bastante literal, que sigue de cerca el plan de la Encíclica. Y aunque visto desde ángulos diferentes (uno más exegético, otro más pastoral) el tema comentado en 1.3.1 /1.3.2 y en 4.2/4.3 es el mismo: la maternidad de María.

52) La expresión “mediación de intercesión” aparece literalmente en el número 40.

53) El papa, como apoyo a esta idea, cita el Concilio LG 62: *“Su amor maternal la hace atenta a los hermanos de su Hijo, cuya peregrinación todavía no ha terminado o que se encuentran en situaciones de peligros y dificultades, hasta que lleguen a la patria bienaventurada”*. Este número 62 constituye, además, el núcleo de toda esta sección, “María, Sierva del Señor”, num. 38-41, citado 9 veces.

54) Es siempre la teología conciliar de LG 60, la que está por detrás de esta visión “trinitaria” de la presencia generosa de María.

55) Sobre este tema, leer la nota 110 de la Encíclica, que muestra cuántas veces, en el curso de la historia "este aspecto particular de la mediación de María como 'la que implora y obtiene clemencia' de su Hijo juez (texto de la nota), esta mediación de clemencia ha sido recordada, no sólo por el pueblo sencillo que se siente pecador y que se echa en los brazos de la Virgen, sino también por los santos y personajes ilustres de la Iglesia. La nota hace referencia a San Bernardo y al papa León XIII.

Se podría recordar aquí la veneración que otras iglesias cristianas no católicas tienen para con María (el papa les dedica los números 31-34). En el nº 33, el papa hace una referencia a los iconos orientales en términos muy cercanos de esta mediación de clemencia que la "gente sencilla" de nuestras ciudades y aldeas siente y percibe como muy eficaz: "*Estas imágenes son un testimonio de la fe y del espíritu de oración de la gente humilde que siente la presencia y la protección de la Madre de Dios*".

Las letanías de la Santísima Virgen expresan también esa presencia y esa protección para con el Pueblo de Dios; sentimos también esa presencia protectora en las oraciones diarias tantas veces repetidas, como la 'Salve Regina' y el 'Ave María'.

56) Ferlay, p.43

57) Ídem, p. 149. Este aspecto de la intercesión está tan fuertemente subrayado por Ferlay, que al final del párrafo que acabo de citar, afirma que el objetivo de su libro es referir la segunda misión de María: ser la madre de los hombres, siendo su primera misión la de dar a luz a Cristo". "*María Madre, al pie de la cruz está configurada misteriosamente a este misterio (el misterio de la misericordia divina). Acoge con la misma generosidad de ternura y de perdón a esta comunidad de innumerables pecadores, que se convierten en hijos suyos debido a la palabra de Jesús. A partir de ahora, todos y cada uno de ellos serán sus hijos, como lo fue Jesús. Carga sobre sus hombros esta pesada tarea maternal; camina con nosotros hacia una nueva misión. Sabéis que me propuse escribir este libro sobre todo para poner de relieve el carácter absoluto de esta segunda misión o función. No damos a esta segunda misión de María, Madre de los hombres, toda la importancia que merece, y así es cómo encerramos a esta mujer, Madre de Jesús, en una corona de privilegios que la sofocan, y la veneramos con una devoción que, sin duda, no le conviene. María es la Madre de Jesús, para hacerse madre de los hombres*". (P. 150).

La conclusión del libro del P. Ferlay, pp 210-214 va encaminada en hacer resaltar este aspecto de la intercesión de María. En la p. 210, escribe: "Una reflexión de teología mariana, como la que ahora hacemos, que valoriza su misión actual de Madre de la Iglesia y de los hombres, se basa en la certeza de la oración actual de María por la Iglesia y el mundo".

58) Parte final del nº 41 que hace referencia a 1Co 15, 28; Ga 4,4; Ef 1,10. Está claro que María fue la primera en ser objeto de esta misericordia absoluta del Señor, que ahora ella quiere para todos sus hijos:

"El pecado es solamente humano. La Misericordia es divina, y desborda frente al pecado con todo el poder victorioso de un Dios de amor. María no está fuera de esa atmósfera victoriosa de la Misericordia, sino que, ella es la primera en acogerla y en alegrarse por ello. Su privilegio tiene algo de pedagógico: ella nos enseña a acoger nosotros también esta Misericordia con alegría", Ferlay, 43.

59) Es el mismo título de la tercera parte de la Encíclica números 38-50: "La mediación maternal".

60) Cf. nº 39. El nº 39 subraya, al mismo tiempo, la idea siguiente: el servicio de María no aparece sólo en su maternidad; aparece también en su virginidad:

"Podemos decir que el consentimiento que da a la maternidad es sobretodo el fruto de su don total a Dios en la virginidad". Y también: "Las palabras: 'Soy la Sierva del Señor' son una prueba de la apertura de espíritu de María, que reúne en ella, de modo perfecto, el amor de la virginidad y el amor característico de la maternidad, ambos reunidos y, por decirlo así, fusionados".

En el nº 43, estos dos elementos –maternidad y virginidad- se aplican a la Iglesia.

61) Esta idea ya aparecía al final del nº 39 en donde la mediación de María se traduce por una total disponibilidad para con el Señor. De este modo, el Señor la preparaba para convertirse en Madre de todos los hombres, en el orden de la gracia. Entre otros textos evangélicos, se hace referencia a Jn 19, 25-27, que aparece incluso más tarde.

62) Cf. sobre este asunto, *María en el Nuevo Testamento*, Londres, 1978, pp 206-218 en donde se analizan las diversas posibilidades simbólicas. En primer lugar aparece la "teoría" conocida de Bultmann: María representaría a los cristianos provenientes del judaísmo y el discípulo amado a los cristianos llegados del paganismo. Los autores no dan mucha credibilidad a esta teoría: "esta teoría es a lo sumo una hipótesis", p. 215.

La interpretación metafórica, muy apreciada en el catolicismo romano también está analizada: *"La 'maternidad espiritual' de María, o 'María, Madre de los cristianos'"*. Esta explicación tampoco está exenta de dificultades. En ese sentido es interesante la nota 477 del texto de la p. 215: *"Hoy, los Católicos Romanos hacen una mayor distinción entre la enseñanza de la Iglesia y la enseñanza de las Escrituras en lo que respecta a esta cuestión. Aceptan la maternidad espiritual de María, sin pretender, por ello, que las Escrituras nos lo enseñen"*.

Otra interpretación, presentada por Orígenes: la madre de Jesús simboliza a la Iglesia, y el discípulo amado a los cristianos (p. 216). Finalmente, podemos también ver ahí, teniendo en cuenta a la mujer del Apocalipsis (12,9), el simbolismo Eva/María (p.217).

63) El papa deduce también un valor simbólico en el episodio de Caná: cf. nº 21.

64) Ferlay, 148. 'He ahí a tu hijo': en esta nueva maternidad, María es dada como madre a cada persona humana. Y todos están incluidos/as es esta maternidad (cf. nº 23). Comprendemos entonces mejor la razón por la que Cristo se refiere a esa nueva maternidad de María en singular (tu hijo); esto pone de relieve la relación absolutamente única entre María y cada uno de sus hijos (cf 45). En otro orden de ideas, en cierto sentido, podríamos relacionar este singular (tu hijo) con lo que escribíamos en la página 33, sobre la identificación de Cristo con cada uno de los que se adhieren a él, en la fe, y especialmente los pobres.

65) Leer, a este respecto, la nota 130 de la Encíclica.

66) El papa, en el nº 46, menciona un problema que no desarrolla, pero que podría desarrollar en el futuro: se trata de un problema que concierne a la mujer y a la condición femenina, pues *la "feminidad está particularmente ligada a la Madre del Redentor"*. Y, más tarde, el papa, siempre en este nº 46, afirma: *"podemos, pues, afirmar que al dirigirse a María, la mujer encuentra en ella el secreto que le permite vivir con dignidad su feminidad y realizar su verdadera promoción"*. Y el papa cita entonces algunos *"reflejos de belleza"*, que la Iglesia descubre en el rostro de la mujer, a la luz de María: la plenitud del don de sí suscitado por el amor; la fuerza que es capaz de resistir a los mayores sufrimientos; la fidelidad sin límites y su incansable dedicación al trabajo; la capacidad de armonizar la intuición penetrante con palabras de ánimo y de apoyo. Todo esto es verdad y habrá que desarrollarlo para que la mujer pueda vivir aún más profundamente *"su feminidad y realizar su verdadero crecimiento"*.

Pero es preciso decir que la Virgen María, incluso dentro de la Iglesia no es el único criterio a tener en cuenta cuando se habla de la feminidad en la Iglesia. Así, por ejemplo, si pensamos en la 'Questio Disputata' de la posibilidad (o imposibilidad) de la ordenación de mujeres al ministerio sacerdotal, se acude al argumento de que como la Virgen "no fue sacerdote..., por consiguiente ninguna mujer podrá serlo". Este argumento no puede ser categórico. (Este mismo argumento aparece en la declaración "Inter Insigniores" de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y deja abierta "para ser retomada de manera más completa, sin ideas preconcebidas,", la ordenación de mujeres para el diaconado: cf. DC 59 (1977) 158-164.

En los documentos del Magisterio, el argumento que parece tener más peso, es el de la Tradición. Es el que resalta el Motu Proprio "Ministeria Quaedam" de 1972, que excluye a las mujeres, no sólo del ministerio ordenado, sino incluso hasta de los "ministerios laicos" de lector o de acólito: "*ser instituido lector o acólito, conforme a la venerable tradición de la Iglesia, está reservado a los hombres*" (el subrayado es mío). Esta misma prohibición es retomada por la Instrucción 'Inaestimabile Donum' de la Congregación para el Culto Divino y los Sacramentos nº 18: Cf DC 63 (1980) 643.

De todos modos, que se ordenen mujeres o no (es una cuestión sobre la cual no se ha dicho todavía la última palabra. ¿Lo será algún día?), todo aconseja que desde ahora en adelante el androcentrismo en la vida eclesial sea una teoría obsoleta. Parece, sin embargo, que ya está aconteciendo, aunque muy lentamente, y más a nivel de la reflexión que en la práctica eclesial. En este sentido, la Virgen puede ser profundamente inspiradora. Y sugerencias, algunas controvertidas, otras aceptables, empiezan a aparecer:

J. HOURCADE, *La femme dans l'Église*, Paris, 1968 (tesis de doctorado en teología) defiende que el verdadero "ministerio" de la mujer es la virginidad consagrada (p. 281; esta posibilidad de consagración, que relaciona el ministerio pastoral de la mujer con un estado de vida, también está mencionado en el Canon 604 que se refiere al Orden de las Vírgenes).

Monique HEBRARD, "*D'une soumission généreuse à une révolution tranquille – Un certain éveil des femmes fait bouger l'Église*", *Telema* 1 (1987) 19-38, en la página 30, habla de un ministerio de encarnación (que ella llama también carisma de encarnación) en el sentido de que la mujer siente la vocación de

engendrar no solamente a cristianos, sino también a la Iglesia (nos encontramos de lleno en el paralelismo real con la Virgen María, Madre de la Iglesia), y menciona al Cardenal Decourtray: "En relación a los obispos y sacerdotes, la primera e insustituible misión de la mujer es la de ayudarles a ser cada vez más obispos y padres dignos de ese nombre. Es una misión espiritual, profundamente humana y cristiana según el Espíritu de Cristo". (p. 30).

Georgette BLAQUIERE, "La mission de la femme dans l'Église" NRT 109 (1987) 345-361, en la página 356, habla de un misterio de profecía y se hace esta pregunta: "¿Cómo hacer para que en la Iglesia exista el espacio necesario para que se pueda ejercer libremente un verdadero ministerio profético complementario del ministerio apostólico?" (el subrayado es mío). Este ministerio de la profecía, sin ser una prerrogativa o un privilegio exclusivo de la mujer, le pertenecería de una manera especial: "*Si el privilegio de las mujeres del Evangelio es el de reconocer a Dios en el rostro de Cristo, y de revelarlo a los apóstoles, ¿no será ese aún hoy, en el gran mercado de los ídolos contemporáneos, el papel de las mujeres cristianas?*" (p. 357).

Philippe FERLAY, *Marie, Mère des hommes- Prier Marie en Église*, Paris, 1985, pp 184-186 habla de "la feminidad como 'ministerio' y afirma que, "en lo que se refiere a la vida eclesial, sería tal vez necesario decir que la tarea propia de la feminidad es un ministerio de recordación" (p. 185).

Desde el punto de vista de los términos, aunque diferentes, no estamos lejos del parecer de Georgette BLAQUIERE (ver arriba), pero la perspectiva es, me parece, bastante diferente. La perspectiva de G. BLAQUIERE puede ser calificada como una perspectiva "kerigmática" o de "proclamación"; la perspectiva de FERLAY cuando habla de un "ministerio de recordación" propio de la feminidad es, más bien, una perspectiva de acogida "*que cuida el don recibido para que pueda llegar a la madurez*" (p.185). *Si el ministerio de presidencia actualiza más la palabra de Cristo y la interpelación de Dios Padre que toma siempre la iniciativa de venir al encuentro de los creyentes, el ministerio propio de la feminidad podría ser el de recordar a todo creyente - y, en primer lugar al propio ministerio ordenado - que el hombre no se da a Dios a sí mismo, sino que lo recibe y que debe ser una tierra receptiva y pacífica en la que la Palabra de Dios puede germinar. No es una actitud de pasividad, sino una actitud de valiente acogida".* (p. 105).

